

PONTIFICA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERÚ

FACULTAD DE PSICOLOGIA



PUCP

**CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD MASCULINA EN UN GRUPO DE
HOMBRES TRANSGÉNERO DE LIMA**

Tesis para optar por el título de Licenciada en Psicología con mención en
Psicología Clínica que presenta la bachillera:

PRISCILLA ODALYS CÁRDENAS CRUZ

ASESORA:

Mg. ADRIANA ISABEL FERNÁNDEZ GODENZI

LIMA, MARZO, 2021

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a mi psicoterapeuta pues me ha ayudado a pensarme con afecto y paciencia en este largo camino del crecer y, con ello, culminar este proceso de investigación.

A los participantes de la investigación pues han sido amables y pacientes con todo lo que implicó la recolección de información. Además, han estado dispuestos a hablar de temas que, en ocasiones, pueden ser muy dolorosos de repensar. La confianza depositada en mí, en el trabajo que realicé y el esfuerzo dado son invaluableles.

A mis padres pues gracias a su esfuerzo diario es que he podido culminar la carrera universitaria y este trabajo de investigación.

A Henry Guillén por el apoyo dado en gran parte de este proceso. Siempre fue importante tus apreciaciones y compañía. Muchas gracias.

A mi asesora por mostrarse dispuesta a enriquecer el trabajo a pesar de que por momentos era muy difícil para mí. Gracias por la constancia y confianza.

Finalmente, gracias a Jackson, mi perrito, quien ha acompañado toda la última fase de este trabajo. Ha sido paciente y me ha dado calor para tolerar las largas horas de redacción y frío limeño.

Resumen

La presente investigación tiene como objetivo describir cómo se construyen las identidades masculinas de un grupo de hombres transgénero. Para ello, se vale de una metodología cualitativa exploratoria con enfoque fenomenológico que ahonde en las experiencias de vida vinculadas a sus identidades de género. Los resultados mostraron que las masculinidades de este grupo de personas evidenciaron ser constantes a través del tiempo. La identidad masculina es cuestionada en la adolescencia, pues no encuentran lógica entre sus experiencias y la norma. A la par, emerge un malestar por asociarlas a la patología o “estar errados”. Por otro lado, el cuerpo es una variable importante pues a través del mismo pueden ser reconocidos como sujetos masculinos. El cuerpo es la herramienta para reafirmar y validar sus identidades de género. Dentro de las necesidades para la construcción de una identidad de género saludable se encontró que la coherencia, el reconocimiento y la pertenencia a un grupo fueron elementos claves para sentir satisfacción en la construcción identitaria masculina. Finalmente, se concluye que la masculinidad no corresponde únicamente a cuerpos de hombres con pene, esta se construye en la diversidad de cuerpos.

Palabras clave: identidad de género, masculinidades, transgénero, cuerpo.

Abstract

The purpose of this study was to gain greater understanding of how transgender men form their male identities. An exploratory qualitative methodology with a phenomenological approach was used to examine the life experiences of transgender men. The observed experiences focused specifically on those related to their gender identities. The findings showed that the masculinities of the group remained consistent over time. Male identity was questioned in adolescence, as they did not find similarities between their experiences and that of their cisgender peers. Distress also emerged from being associated with pathologies or being seen as "flawed". The body was another important variable as it could be used as a way of recognizing someone as male. Therefore, the body was a tool used to reaffirm and validate their gender identities. Within the needs for the construction of a healthy gender identity, it was found that coherence, recognition and belonging to a group were key elements to feeling satisfaction in the construction of their masculine identity. Finally, it was concluded that masculinity does not only correspond to male bodies with a penis, but rather that it is built on the diversity of bodies.

Key words: gender identity, masculinities, transgender, body.

Construcción de la identidad masculina en un grupo de hombres transgénero

Tabla de contenidos

Introducción	1
Método	13
Participantes	13
Técnicas de recolección de información	14
Procedimiento	16
Análisis de la información	17
Resultados y Discusión	19
Conclusiones	47
Referencias	51
Apéndices	57
Apéndice A: Consentimiento Informado	57
Apéndice B: Ficha de datos sociodemográficos	58
Apéndice C: Guía de entrevista	59

Introducción

La masculinidad es una construcción psicosociocultural. Es decir, se gesta en un proceso que está permeado de aspectos afectivo-emocionales, relacionales-sociales, de lenguaje y culturales que en constante interacción construirá la identidad de género (Rocha, 2009). En ese sentido, la masculinidad es una expresión de la identidad de género y, también, de la identidad personal y social. Por tanto, reflejará una manera única y distinta de ser hombre (Chodorow, 2003; Ruiz Bravo, 2001).

Dado que la masculinidad es una identidad de género; primero, es preciso explicar lo que significa la identidad. Este constructo se define como la conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás (Pujal, 2004). Es el sentido de permanencia del yo; un yo que coordina, evalúa e integra las percepciones del mundo; pero también, un yo sexuado, es decir, un yo influenciado y entendido desde la genitalidad biológica con la que nace y el cuerpo que se muestra (Martínez, Valero, González & Pérez, 2011; Lamas, 2000). Asimismo, García Leiva (2005) refiere que la identidad es el sentido personal del sí mismo, se va construyendo a través de las experiencias, la historia, las características y percepciones individuales que cada uno posea. En simultáneo, la identidad se configura en la interacción individuo y sociedad, esta se construye y transforma, alimentándose tanto de aspectos culturales como de interacciones grupales, valores y normas, dándole un sentido grupal (García Leiva, 2005; Pujal, 2004). Es decir, la identidad englobará los aspectos y características que permitirán la diferenciación entre el yo y los otros; por tanto, la singularidad del sujeto; pero a la vez, propiciará un sentimiento de pertenencia a un grupo (García Leiva, 2005; Rocha, 2009).

A partir de ello, diversas corrientes teóricas psicológicas han tratado de explicar los mecanismos y factores que dan origen al desarrollo de la identidad de género. La perspectiva psicodinámica, como la conductual y cognitiva han concordado que el desarrollo de la identidad de género se va construyendo en el proceso de socialización que se experimenta desde temprana edad, en la dinámica familiar y con las figuras de cuidado e interacción continua (Chodorow, 2003; Rocha, 2009).

Desde la mirada psicodinámica, la huella de la dinámica familiar será la primera base para el desarrollo de la identidad de género. Este desarrollo se enmarca en la teoría de relaciones objetales, y refiere que las interacciones entre el infante y su cuidador determinarán los primeros cimientos de la identidad de género (Chodorow, 2003). Esta interacción influirá en la manera de percibirse a sí mismo y cómo entenderá las relaciones con los otros. Es así

como, durante la infancia, el niño o niña integrará en sí mismo la visión y características del cuidador, del que sustraerá roles de género, pero, también, las bases para la construcción de su estructura psíquica (Chodorow, 2003; Rocha, 2009). Se entiende por roles de género a las características estereotipadas designadas a mujeres y hombres por el sexo al que pertenecen según sus genitales. Dichos roles han sido construidos desde las dinámicas sociales, en donde la mujer ha sido asociada a la maternidad, cuidado, pasividad, entre otros, y el hombre ha sido vinculado a la fuerza física, represión de las emociones, fortaleza, proveedor de los recursos que sostienen a la familia, etc. (Bonilla, 2004; Fuller, 2001; Raguz, 1995).

Bajo la teoría psicoanalítica, Chodorow (2003) afirma que la construcción de la identidad de género se desarrollará a través de procesos intrapsíquicos que moldearan las formas de percibir y construir el género. En ese sentido, explicará que la identidad de género es un proceso en constante construcción y dinamismo que será influenciado por la significación personal que cada individuo configure a lo largo de su vida (Chodorow, 2003). La significación personal es nuestra realidad psíquica consciente, la cual se va construyendo a través de distintos mecanismos internos como son la transferencia, proyección, introyección y la fantasía inconsciente, cada uno de ellos permeados por afectos y emociones. Estos mecanismos son innatos al ser humano, se desarrollan y extienden desde el nacimiento hasta la última etapa del desarrollo, en un ambiente de interacción con los otros. Así, el sí mismo cuestiona la identidad de género y la masculinidad como natural y, en vez de ello, la percibe como construida desde un proceso intrapsíquico y no solo desde un plano cultural y político (Chodorow, 2003; Lamas, 2000).

Por otro lado, desde la perspectiva cognitiva y del aprendizaje social, encuentran fundamental el papel de la comunicación en el desarrollo cognitivo de los individuos. La comunicación formaría la base del desarrollo de la identidad de género. Desde el aprendizaje social, Bandura (1963) indica que las personas aprenden a ser masculinos o femeninos a través de la comunicación y la observación. Los niños y niñas observan a quienes interactúan con ellos y los imitan, no sólo observan a sus cuidadores, sino, a sus amigos, la publicidad, la televisión y otros seres o espacios interactuantes. Los autores indican que no es el sexo biológico la base de la distinción entre hombres y mujeres, sino el proceso de aprendizaje que se da entre las personas. Además, resulta fundamental el papel de los padres o cuidadores principales en la adquisición y mantenimiento de conductas y cogniciones asociadas a la masculinidad y la femineidad para cada sexo. Los infantes, conforme crecen, continuarán

imitando aquellas conductas que permitirán una comunicación e intercambio efectivo con los otros (Bandura, 1961; Barbera, 1991).

Por su parte, la perspectiva cognitiva, a diferencia del aprendizaje social, muestra la participación que tiene el individuo en el desarrollo de su identidad de género. Para Piaget (1965) el infante desarrolla una perspectiva de su género y de sus relaciones en base a una diferenciación de los géneros. Luego, asociará los comportamientos familiares y culturales que le son transmitidos, los cuales permitirán el reconocimiento de su propio género y la actuación en función a este. En este sentido, Campbell (1993) menciona que alrededor de los 3 años, niñas y niños desarrollan una constancia de género, es decir, hay una comprensión de que el género es, en cierto grado, permanente. Por lo tanto, tienen una visión de que ser niño o niña (desde lo biológico) no puede cambiar. Esto hace que desarrollen una motivación por adquirir los rasgos necesarios que les permitan ser competentes al grupo de género (hombres o mujeres) al que se sienten pertenecer. Finalmente, en la interacción con los padres, el infante irá moldeando su comportamiento y características de acuerdo con los aspectos valorados y reforzados (Campbell, 1993; Rocha, 2009).

Las teorías psicológicas tradicionales esclarecen cómo se construye la identidad de género, pero no son suficientes para explicar su complejidad. Por ello, en la actualidad, se está dando mayor importancia a teorías multifactoriales, pues ayudan a comprender mejor dicha complejidad. Actualmente, las investigaciones muestran que la identidad de género incluye aspectos socialmente vinculados a la feminidad y la masculinidad dentro de un continuo. Esto permite dejar de lado la visión del género como polos opuestos excluyentes (Cabral y García, 2000). Por lo tanto, las personas se encuentran más cerca de una identidad que se nutre de aspectos masculinos y femeninos a la vez. Así, incorporan una serie de rasgos que forma su propia manera de ser hombre o mujer, dando paso a manifestaciones de masculinidades y femineidades diversas (Cabral y García, 2000).

Posteriormente, se complementó esta perspectiva multifactorial (psico-socio-cultural) de la identidad de género enfatizando que implicaría, entre otros aspectos, la socialización y la endoculturación. Por una parte, existe un proceso de socialización continuo y permanente en el desarrollo de vida, en el que se acogen e internalizan los estereotipos y roles asignados socialmente a hombres y mujeres, reflejándose en la ejecución de comportamientos y características diferenciadas para cada individuo (Barberá, 2004; Bonilla, 2004; Rocha, 2009). Asimismo, según Rocha (2009), “la persona incorporaría aspectos comportamentales,

elementos cognitivos y motivacionales que en grupo darían significado al sentido de sí mismo, en el contexto de una cultura dada.” (p. 256).

De otro lado, la cultura propiciaría en la endoculturación uno de los procesos para la adquisición de los estereotipos de género. En este proceso las personas asimilan la información por medio del lenguaje y otros símbolos culturales con los que interactúan cotidianamente sin darse cuenta. Dentro de estos tenemos, por ejemplo, los refranes y mitos que son reflejo de la cultura y son insumos cruciales en la conformación de las normas y reglas que rigen el comportamiento de las personas (Fuller, 2001; Rocha, 2009).

Así como la socialización y la endoculturación existen otros factores fundamentales que permiten el desarrollo de la identidad de género. La edad, como señalador social, estaría cumpliendo un papel importante en la rigidez o flexibilidad a la hora de identificarse con las expresiones de género predominantes (masculina y femenina). Es decir, en función del ciclo vital las personas parecen volverse más flexibles en los roles que ejecutan y con los que se identifican. Así, las cosmovisiones estereotipadas con respecto a hombres y mujeres decrecen. Esto encontraría explicación en las implicancias sociales a las que se enfrentan en determinadas etapas de vida. Un ejemplo de ello es el caso de mujeres que dejan de ser cuidadoras de los hijos cuando estos salen del hogar para buscar independencia. El cambio impulsa una resignificación del rol de madre en constante cuidado de los hijos, dando paso a otros aspectos de sus identidades de género (Fernández, 1996; Usher, 1991). También es importante agregar que las concepciones de género se van flexibilizando y complejizando, dado que los procesos de comprensión cognitiva se van sofisticando mientras las personas se acercan a etapas de vida más adultas. Estas proporcionan una comprensión más flexible del género, así como una postura crítica sobre estos temas (Díaz-Loving, Rocha & Rivera, 2007; Piaget, 1965).

A este punto, resulta pertinente incorporar los postulados de la teoría queer, ya que analiza y estudia aquellas posiciones identitarias que no se limitan a pensar y actuar bajo los modelos tradicionales del género (Balza, 2009; Fonseca & Quintero, 2009; Preciado, 2008). Lo queer se encuentra en el límite de la subjetividad, con el fin de abrir los parámetros rígidos que la norma social impone como masculino y femenino (Butler, 2002; Balza, 2009; Fonseca & Quintero, 2009). Para esta teoría, la identidad significa una auto colocación, una elección siempre vinculada a las experiencias entre las posibles posiciones de género (Fonseca & Quintero, 2009). Esta postura permite concebir una identidad de género lejos de la patología,

pues el género siempre es construcción. Y permite sentir comodidad a personas que no se sienten bien expresando una identidad de género vinculada al sexo de nacimiento.

En resumen, desde una perspectiva psicosociocultural, el desarrollo de la identidad de género es un proceso complejo, dinámico y multifactorial que implica diversas variables de corte intrapsíquico, personal, social y cultural. En ese sentido, la identidad de género no sólo es una tarea de la infancia sino un proceso continuo y permanente, sometido a cambios que observamos en los otros, dentro de espacios personales y sociales (García-Leiva, 2005; Fuller, 2001). Además, se alimentará de los costos y ganancias que resulten de tales experiencias (Rocha, 2009). Nuestra comprensión psíquica de estos aspectos también cumplirá su función, otorgando un sentido particular a lo que se entiende por identidad de género, masculinidad y lo masculino (Chodorow, 2003; Lamas, 2000).

El proceso de construcción identitaria, también, será alimentado por un sistema de relaciones sociales y de género dominantes, propio de ese espacio y tiempo específico. En las sociedades Latinoamericanas se han moldeado a las masculinidades bajo la dinámica del sistema patriarcal. Este es un régimen que distribuye de manera desigual el poder entre hombres y mujeres (Benjamin, 1997; Fuller, 2002; von Dellinger, 2011). E instituye a la masculinidad hegemónica como modelo idóneo de ser hombre. La masculinidad hegemónica posee una organización de significados y órdenes que define lo que es y no es ser hombre (Connell, 1997). Es preexistente al sujeto y se instaurará en el proceso de atribución de género debido a su gran valor social (Bonino, 2003). Así, estará asociada a características como la dominancia, violencia, búsqueda de la conquista sexual, productividad, fuerza y la razón, entre otros. En consecuencia, dificultará el desarrollo de una masculinidad afectiva que se apropie de valores como la entrega, sensibilidad, cuidado, debilidad, entre otros (Bonino, 2003; Ruiz Bravo, 2001).

A pesar de ello, las dinámicas sociales se encontrarán en constante transformación, ya que los modelos comportamentales, los roles y pensamientos se ven influenciados por los medios de comunicación, la economía, la academia, las nuevas necesidades laborales, el internet, entre otras fuentes de cambio (Fuller, 1997; Macías, 2014; Montesinos 2007, 2008). Así, las identidades dominantes irán reconfigurándose, adaptándose, pero permanecerán en una posición de poder, pues seguirán siendo socialmente valoradas y asociadas a lo ideal. Estas valoraciones son identificadas por los sujetos masculinos y se beneficiarán de las mismas (Bonino, 2003). Estos modelos hegemónicos permearán las construcciones identitarias

masculinas de los sujetos, ubicándose como prototipos referenciales con cierto grado de influencia (Bonino, 2003; Fuller, 2002).

De acuerdo a lo anterior, una investigación sobre “masculinidad y estética corporal”, Villa (2013) encontró que jóvenes de estratos socio económicos altos en Lima tienen mayor cuidado del aspecto físico y del vestir. El cabello, el rostro, los glúteos y la musculatura son las partes del cuerpo más cuidadas; asimismo, buscan vestimenta que sea personalizada expresando una identidad diferenciada. Esto, en comparación con el modelo de masculinidad hegemónica, permite visibilizar cómo se construyen masculinidades que rompen con el modelo tradicional y acogen nuevas formas de vivirse, donde la estética corporal es importante.

Desde esa línea, se aprecia que la construcción y expresión de la masculinidad a través del cuerpo es relevante (Cruz, 2006). Los cuerpos de niños y niñas serán vestidos y adornados según los estereotipos de género que los cuidadores y la cultura posean (Fernández, 2012). Posteriormente, en la pubertad, con la emergencia de características sexuales diferenciadas para hombres y mujeres, el adolescente decidirá reafirmar o rechazar la identidad de acuerdo con las normas sociales que su entorno le permita para su sexo biológico (Fernández, 2012). Según Torres-Oquendo y Toro-Alfonso (2012) “el cuerpo que forma parte de nuestro imaginario y configura nuestra identidad, asume una forma de acuerdo con el género; este imaginario personal se enraíza en un imaginario social, construido a partir de la definición de cuerpos masculinos y femeninos” (p.93). Así, también, Cruz (2006) refiere que las formas de representar lo masculino, un cuerpo de “hombre de verdad”, se evidenciarán en los rasgos distintivos de la masculinidad dominante, tales como, resistencia y capacidad física, cierta complexión y tono muscular, vello, tono de voz, posturas y movimientos típicamente masculinos (Cruz, 2006).

Abriendo el espectro de masculinidades, Halberstam (1998) menciona que la masculinidad no debe ser concebida únicamente desde el cuerpo tradicional de varón. Según el autor, “la masculinidad no es algo que deba tomarse a priori o de manera universal, sino que se encarna y realiza en variadas y múltiples formas de vida” (p.96). Con ello rompe la visión de masculinidades concebidas únicamente desde los cuerpos de hombres con pene. Las masculinidades también se encarnan en cuerpos de mujeres, así concibe la masculinidad en mujeres llamadas “stone butch” o “machonas”. Ellas adoptan características típicamente masculinas en sus performances de género (Halberstam, 1998; Nahir, 2013; Saez, 2004). Con

ello, quiebra la correspondencia estática entre hombre con pene-masculinidad y mujer con vajina-feminidad (Nahir, 2013).

Desde esta perspectiva, la identidad de género y las masculinidades distan de someterse a los patrones de identidad que la sociedad espera incorporen las personas por haber nacido con un determinado genital (Bem, 1974; Butler, 2007; Gallegos, 2014; Rocha, 2009). En ese sentido, la masculinidades son dinámicas y complejas, y si inicialmente las personas tienden a construir sus identidades asociadas a patrones cercanos a los modelos hegemónicos, no será incongruente que en el desarrollo de vida flexibilicen la forma de pensar y actuar sus géneros, pues el carácter dinámico del mismo permite transformarlo desde la realidad interna y externa del individuo (De la Hermosa, Rodríguez y Polo, 2013; Fonseca y Quintero, 2009; Díaz-Loving, Rocha & Rivera, 2007; Gallegos, 2014). De acuerdo con ello, en una investigación sobre “características de la identidad de género en un grupo de mujeres masculinas recluidas en un centro penitenciario”, Gallegos (2014) encontró que los cuerpos biológicos no determinan el género que las personas construyen en el transcurso de vida. Las mujeres biológicas que entrevistó mostraron características típicamente masculinas evidenciadas en sus posturas corporales, tono de voz, rudeza, entre otras características.

La concepción de masculinidades diversas es congruente con una masculinidad que no se rige por la genitalidad del individuo y su género “correspondiente”, ni por los mandatos heteronormativos (Montesinos, 2008; Garizabal, 2010; Butler, 2001). Se entiende por heteronormatividad al “conjunto de relaciones de poder por medio de las cuales la sexualidad se normaliza y se reglamenta en nuestra cultura. A partir de ello, las relaciones heterosexuales son idealizadas, institucionalizadas y se equiparan con lo que significa ser humano” (p.83) (Warner, 1991).

Dentro de este marco, las identidades trans son configuraciones identitarias que no adoptan el género esperado según el sexo asignado al nacer (Butler 2005, 2007; Nadal, 2013). Y no siempre construyen sus masculinidades y feminidades según las normas sociales designadas a estas (Nadal, Davidoff, Davis & Wong, 2014). La idea de que el sexo biológico equivale a los genitales externos es común e imperante. Sin embargo, eso que llamamos “sexo biológico” está compuesto por genes, hormonas, gónadas, órganos reproductivos internos y órganos reproductivos externos (genitales) (Lamas, 2014). Todas estas variables dinamizan y configuran el “sexo biológico”. Entendiendo la diversidad humana desde esta variedad podrían considerarse mínimamente 5 tipos de identidades sexuales o sexos, abriendo la dualidad

hegemónica “hombre-mujer” (Lamas, 2014). En ese sentido, el “sexo biológico” es más un continuo que una dicotomía; y construimos nuestras identidades de género desde esa influyente variedad. De acuerdo con ello, las identidades de personas trans pueden estar alineadas al binario hombre/mujer, pero, en otros casos, pueden salir de este sistema, construyendo identidades diversas (Nadal, Davidoff, Davis & Wong, 2014; American Psychological Association, 2011).

Como se mencionó, dentro de las identidades trans, se encuentran las mujeres y hombres trans. Ellas y ellos construyen su identidad de género, por ende, su feminidad o masculinidad dentro del sistema hombre/mujer. Los hombres trans construyen y expresan una masculinidad que corresponde a una realidad intrapsíquica y corpórea distanciada de la identidad de género socialmente esperada para el genital con el que nacieron (APA, 2011; Lamas, 2014; Nadal, 2013).

En el contexto peruano los hombres trans son una población poco explorada demográfica y caracterológicamente. Sin embargo, recientes investigaciones han buscado dar cuenta de las particularidades y necesidades de dicho grupo. En una investigación exploratoria realizada por el equipo UNICXS se determinó que el grupo de hombres trans participantes del estudio era diverso en cuanto a sus identidades. Es decir, muchos no se autodefinían como hombres trans. Cada uno tenía una identificación distinta dentro del espectro masculino. Así, se identificaban como masculinos, hombres, hombres trans, y también, había quienes se definían como transmasculinos. Adicionalmente, un grupo importante de los entrevistados no se identificaba con dichas denominaciones, dando cuenta que estas son construidas desde el mundo académico en un intento por nombrar a la población para conocerla e investigarla. Esto, muchas veces, deja de lado la participación activa de la población para autodenominarse (Silva & Salazar, 2018).

A pesar de los intentos por incluir a las identidades transgénero como parte de la diversidad sexual humana, aún persiste la mirada patológica desde sectores profesionales de la salud (De La Hermosa, Rodríguez y Polo, 2013). Muchos psiquiatras y psicólogos entienden a las personas transgénero como sujetos que padecerían un trastorno de identidad sexual, la actual llamada “Disforia de Género”. Según el DSM V (2012) la Disforia de Género se define como “una marcada incongruencia entre el género experimentado/expresado y el género asignado durante al menos seis meses” (p. 458) (De La Hermosa, Rodríguez & Polo, 2013; DSM V, 2012). Esta lectura de las identidades transgénero las condena a la patología pues,

como habíamos mencionado, las asociaciones identitarias al cuerpo y sus genitales no son determinantes en la construcción de la identidad de género. Entenderlo de modo contrario patologiza cualquier identidad de género que no se rige bajo los mandatos hegemónicos. Esta mirada patologizadora se extiende a gran parte de la población y refuerza la idea de que la identidad de género es producto concordante del “sexo biológico” (Lamas, 2000). Además, la terminología “trastorno” demarca un significado enfermizo para cualquier subjetividad (De La Hermosa, Rodríguez & Polo, 2013; Garizabal, 2010).

Sin embargo, nuevas investigaciones han ido entendiendo las identidades transgénero desde otras perspectivas, alejándolas de la patología. En un estudio cualitativo exploratorio realizado en España por De la Hermosa, Rodríguez y Polo (2013) en donde se profundizó en las narrativas biográficas de tres personas trans, se compararon las experiencias de vida con los criterios diagnósticos del DSM IV-TR. Del estudio se obtuvieron las siguientes conclusiones: los pacientes trans que deseaban obtener tratamientos hormonales y/o deseaban realizarse operaciones quirúrgicas para cambiar partes de su cuerpo (como realización de mastectomías o reasignación genital) tenían que obtener, dentro de la localidad a la que pertenecían, un diagnóstico psiquiátrico de Trastorno de la Identidad de Género o Disforia de Género; por lo tanto, debían ajustar sus narraciones a síntomas que no habían experimentado. Asimismo, los autores concluyeron que “se cuestiona en los criterios diagnósticos el mantenimiento de alusiones a comportamientos típicos de un género u otro, señalando juegos o actitudes que se consideran más deseables según el caso, dado que están basados en estereotipos y contribuyen a patologizar identidades de género no normativas en personas que no sufren por ello.” (p.20) (De La Hermosa, Rodríguez & Polo, 2013). También mencionan que los malestares expresados por personas transgénero no responderían al “trastorno”, sino, a la estigmatización y violencia a las que son sometidas por la incongruencia entre su expresión de género y la norma (Nadal, 2013). Esta mirada es aún incipiente en profesionales de la salud y el discurso patologizador sigue imperando en la mayoría profesional y población general (Garizabal, 2010).

Las consecuencias de la patologización se relacionan estrechamente con la violencia que experimentan al no ser reconocidos en sus identidades de género. Esto deriva en altos índices de violencia física, psicológica y social (Nadal, 2013). En el Perú, según el “Informe sobre derechos humanos de personas trans, gays, lesbianas y bisexuales en el Perú 2015-2016” (Promsex, 2016), las formas de vulneración más graves para población trans son los crímenes de odio por identidad de género (Demus, 2008; Promsex, 2016). Este tipo de crimen se efectúa con el homicidio hacia una persona por no evidenciar en su actuar roles, actitudes y

comportamientos acordes a las identidades socialmente aceptadas; es decir, identidades típicamente masculinas y femeninas encarnadas en sus “respectivos” cuerpos de hombres y mujeres “biológicas” (Demus, 2008; Promsex, 2016).

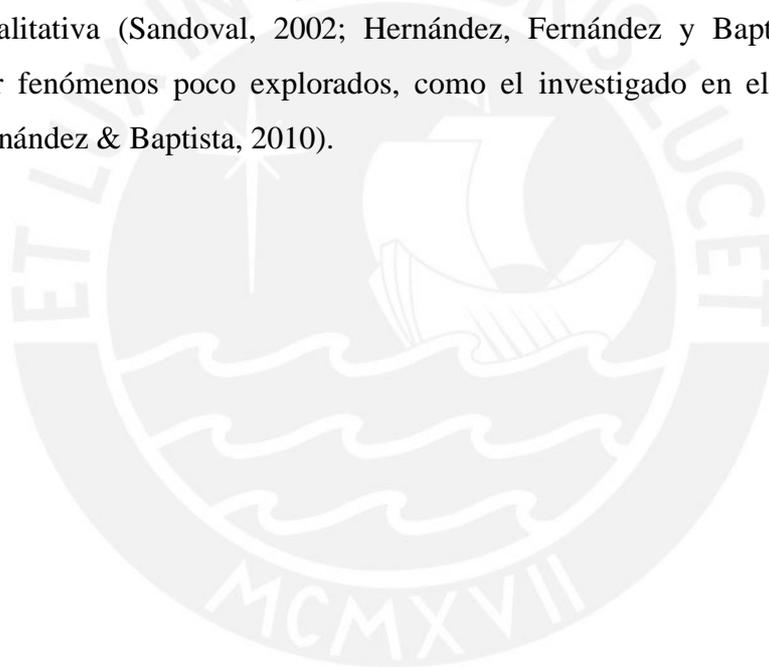
En cuanto a las repercusiones psicológicas, de acuerdo con Nadal (2013), las personas transgénero son más propensas a experimentar trastornos del estado del ánimo como depresión y ansiedad, debido a la estigmatización y discriminación que afrontan en la interacción cotidiana. Esta es una tasa significativamente mayor a cualquier otra población (Nadal, 2013). Por su lado, Balza (2009) indica que las normas sociales, así como, las formas institucionalizadas para la interacción social en el espacio público, serán estresores sociales para las identidades que salen de la norma. En contraste, el reconocimiento y apoyo al desarrollo de las identidades trans facilitará experiencias vinculadas al bienestar.

En una investigación con niños transgénero (Olson, Key & Eaton, 2015), a quienes se les permitió vivir su identidad de género, se buscó comparar la cognición de género de niños transgénero y no transgénero; y observar si eran consistentes con el sexo expresado (sentimiento de ser niño o niña) o el sexo natal (genitalidad con la que nacieron). Los resultados mostraron que niños transgénero “se veían en términos de su género expresado y mostraban preferencias por su género expresado, con patrones de respuesta semejantes a los niños de los dos grupos control (no transgénero)”. Estos resultados evidencian que, en el desarrollo temprano, los jóvenes transgénero son estadísticamente indistinguibles de los niños no transgénero con la misma identidad de género. Los resultados respaldan la noción de que los niños transgénero no están confundidos, en cambio, “muestran respuestas completamente típicas y esperadas para los niños con su identidad de género.” (p.472-473).

Con todo lo mencionado, se refleja que, si bien los intentos por comprender la identidad de género y las masculinidades desde la psicología vienen tomando fuerza, todavía se visibilizan pocas instancias de exploración sobre el tema, dejando ciertos vacíos teóricos y aplicados, que no dan cabida a nuevas formas de entender las masculinidades y sus diversos cuerpos. De acuerdo con ello, y para la presente investigación, se describirá la construcción de la masculinidad de un grupo de hombres transgénero; para ello, exploraremos la masculinidad en los diferentes momentos de vida y las principales necesidades psicológicas que emergen para procurar su desarrollo saludable. Obtendremos esta información a través de la experiencia subjetiva vinculada a la identidad y expresión de género. El reporte de la experiencia subjetiva permitirá explorar ámbitos cognitivos, afectivos y conductuales de la masculinidad (Wong,

Shea, LaFollette, Hickman, Cruz y Boghokian, 2011). Con el fin de proporcionar información que muestre las particularidades de esta población y facilite el conocimiento objetivo de la identidad de género de hombres transgénero. Además, esta investigación podría aportar a un mejor abordaje en la práctica clínica, ya que detalla las vivencias sobre la identidad de género de un grupo de hombres transgénero en los distintos ciclos vitales, así como, las consecuencias psicológicas que acarrea el desconocimiento sobre diversidad sexual y el no reconocimiento de sus identidades. De otro lado, se busca ampliar la reflexión sobre las masculinidades transgénero, pensando en su asociación con la patología, mostrando que las masculinidades no corresponden únicamente a personas con pene (Halberstam, 1998; Gallegos, 2014).

Para ello, se hace necesario recurrir a un método que pueda capturar la singularidad, esencia y vivencias de los protagonistas; por lo tanto, el presente estudio se basará en una metodología cualitativa (Sandoval, 2002; Hernández, Fernández y Baptista, 2010). Esta permite analizar fenómenos poco explorados, como el investigado en el presente estudio (Fernández, Hernández & Baptista, 2010).





Método

Participantes

Para la presente investigación se contó con la participación de 7 hombres transgénero con edades entre 21 y 25 años, pertenecientes a la Sociedad Transgénero FTM Perú. Las siglas FTM son la abreviación de la expresión Female to Male, la cual refiere un proceso de transición de femenino a masculino. Dicha organización agrupa a hombres trans, es decir, personas que se identifican como sujetos masculinos más allá de los genitales con los que nacieron. La elección de los participantes respondió a la idoneidad de características que cada uno poseía para el objetivo de la investigación. A continuación (Tabla 1), se presenta las características sociodemográficas de los participantes al momento de realizar las entrevistas.

Tabla 1

Datos sociodemográficos de los participantes

	Edad	Nivel Educativo	NSE	Pareja
Participante 1	25	Superior Universitario	Medio alto	No
Participante 2	23	Superior Universitario	Medio alto	No
Participante 3	21	Superior Universitario	Medio alto	Sí
Participante 4	25	Superior Universitario	Medio bajo	Sí
Participante 5	22	Superior Técnico	Medio alto	No
Participante 6	21	Superior Técnico	Medio bajo	No
Participante 7	22	Secundaria Completa	Medio alto	Sí

Se eligió a los participantes según la muestra “casos tipo”, ya que el objetivo de la presente investigación fue obtener riqueza, profundidad y calidad de información. Por ello, se buscó seleccionar a personas con características similares para describir y comprender cómo experimentan sus masculinidades (Gonzales Rey, 2003; Hernández, Fernández y Baptista, 2010). Asimismo, se escogieron a personas que se encontraran entre los 18 a 25 años, ya que a estas edades las personas aún se encuentran en un momento crítico de desarrollo y consolidación de sus identidades (Castillo, 2000; Papalia, 2005). En ese sentido, los criterios de inclusión para la selección de los participantes fueron a) que se encuentren entre los 18 a 25 años, b) que se identifiquen como hombres transgénero y c) residan en Lima Metropolitana.

La elección del número de participantes se determinó de acuerdo con el criterio de saturación (Hernández, Fernández y Baptista, 2010). Es decir, luego de la séptima entrevista la información recabada no otorgó mayor contenido que aporte a la comprensión del problema de

investigación. Por ello, se procedió a detener la recolección de datos (Hernández, Fernández y Baptista, 2010).

La relación y acceso al grupo se logró gracias a trabajos previos que se realizaron en conjunto. Se asistieron a las reuniones de integración e información que promueve el grupo, en donde la investigadora aportó reflexiones acerca de los temas trabajados. A partir de ello, se creó familiaridad con los miembros de la agrupación. En la investigación cualitativa la inmersión inicial en el campo es relevante, dado que facilita las relaciones de confianza entre las partes (Hernández, Fernández y Baptista, 2010; Braco 2011).

En un primer momento, se contactó con el director del grupo. A él se le citó en un local público en donde se le explicó en qué consistiría el proyecto y el objetivo del mismo. En cuanto a los aspectos éticos, se le explicó que la investigación cuidaría el anonimato de los participantes y la información brindada sería trabajada con fines exclusivamente académicos. Finalmente, se le indicó que se daría una devolución de lo encontrado en la investigación, la que podría aportar con información relevante sobre las características de la masculinidad de los miembros del grupo, como una manera de conocerse más y entenderse mejor.

En un segundo momento, por medio del director del grupo, se acudió a una reunión en donde se encontraban los miembros de la agrupación, en este espacio se compartieron conversaciones sobre sus actividades en el día y sus gustos; además, se compartió una comida con ellos. Luego, se les explicó el objetivo de la investigación y se los invitó a participar voluntariamente. Asimismo, se les indicó que toda la información se manejará en estricta confidencialidad y anonimato. Adicionalmente, para obtener mayor precisión de la información impartida, sería necesario tener un registro de audio, por ello, se les pedirá permiso para grabar la entrevista. Sin embargo, se aclaró que dicha información solo será manejada por la investigadora y la asesora de investigación. Finalmente, se les solicitó permiso para mostrar en el documento final algunos fragmentos de sus respuestas.

Técnicas de recolección de información

Para el recojo de información sociodemográfica se empleó una ficha de datos con el fin de recolectar información pertinente que ahondara en las características del grupo. En esta ficha se recabó datos sobre la edad, identidad de género, lugar de nacimiento, lugar de residencia, nivel educativo, estrato socioeconómico, ocupación y si tenían pareja en dicho momento. (Anexo A).

Para el recojo de información que da respuesta al problema de investigación se utilizó la entrevista semiestructurada (Anexo B). Esta herramienta permite la intimidad, flexibilidad y apertura para lograr una comunicación y construcción conjunta de significados respecto a un tema. Debido a su carácter flexible, no todas las preguntas están predeterminadas y es la entrevistadora quien decide agregar interrogantes que posibiliten el abordaje de conceptos y temas poco claros. Además, sus características fomentan un trato cálido, ya que permite seguir el ritmo de respuestas del participante (Hernández, Fernández y Baptista, 2010).

La guía de entrevista se construyó en base al marco teórico y metodológico recabado. Además, se contó con la asistencia de tres expertas en el tema, las cuales, en un trabajo conjunto con la investigadora, construyeron y contrastaron preguntas que buscaron ahondar, enriquecer y pulir los temas abordados en la guía de entrevista. Posteriormente, se piloteó el instrumento con un voluntario, dicha persona poseía características similares a los participantes del estudio. A partir de ello, se realizaron los arreglos pertinentes para la versión final de la guía de entrevista. La entrevista semiestructurada facilitó el diálogo con los participantes, así, se pudo conocer sus experiencias; profundizando en los afectos, cogniciones y conductas asociadas al sentimiento de vivir una identidad de género masculina. Sin embargo, es importante precisar que las entrevistas sólo pueden recabar una parte del complejo proceso que significa introducirse en sus experiencias de vida (Hernández, Fernández y Baptista, 2010).

La guía de entrevista abordó las siguientes áreas temáticas:

- a) ***Concepciones de la masculinidad:*** se indagó sobre los pensamientos y creencias sobre lo que significa ser hombre y hombre transgénero. Además, se buscó explorar las cogniciones sobre algunas manifestaciones culturales de género asentadas en la sociedad.
- b) ***Identidad masculina en el proceso de desarrollo:*** se buscó indagar sobre cómo han experimentado su ser hombre, es decir, sus masculinidades, en los diferentes momentos de vida; y cómo estas experiencias los han influenciado. También, se buscó explorar cómo los vínculos con figuras significativas han repercutido en la formación de su identidad masculina.
- c) ***Influencia social en el desarrollo de la identidad masculina trans:*** se indagó por las concepciones y afectos que ellos creen tienen los otros sobre los hombres transgénero. Así, también, se buscó indagar sobre las implicancias que

conlleva ser un hombre transgénero en los distintos espacios sociales y cómo esto repercutió y repercute en sus vidas.

Procedimiento

Con el fin de describir y comprender las experiencias de la masculinidad de este grupo se decidió adoptar el método cualitativo, ya que propone conocer el fenómeno en su contexto y valorar primordialmente las experiencias, percepciones y emociones de los participantes (Sandoval, 2002; Hernández, Fernández y Baptista, 2010). La metodología cualitativa busca capturar la singularidad, esencia y vivencias de los protagonistas, profundizando en las experiencias de vida (Sandoval, 2002). Además, no solo busca corroborar lo propuesto por la teoría vigente, sino que permite la construcción de nuevo conocimiento a partir de ella (Fernández, Hernández y Baptista, 2010). Asimismo, el abordaje del tema de investigación parte de un enfoque fenomenológico, ya que se pretendió reconocer las percepciones de los sujetos y el significado de sus experiencias (Márquez, 2007; Patton, 2002).

Por otro lado, se buscó propiciar un ambiente empático, en donde la prioridad sea el bienestar de los participantes. Esta postura es importante, pues facilita crear un clima adecuado que cuide la relación entre las partes y motive un diálogo fluido (Hernández, Fernández y Baptista, 2010).

A las personas que accedieron a participar se les solicitó sus números de contacto para pactar una fecha de entrevista; además, se buscó un espacio de entrevista neutro para ambas partes. A los que no pudieron acudir al espacio facilitado por la investigadora se les pidió que el ambiente en donde se realizara la entrevista procure estar libre de distracciones, en donde solo se encuentre el participante y la investigadora. Con ello se buscó crear un espacio íntimo en donde el participante pueda sentirse libre y cómodo de expresar sus percepciones, experiencias y emociones con relación a temas personales y complejos (Bracco, 2011).

Una vez pactadas las fechas de encuentro para las entrevistas, se realizaron en los días acordados. Sin embargo, en algunos casos, se tuvo que reprogramar por contingencias surgidas. Cuando se dio el encuentro entre las partes se registró los datos sociodemográficos. Seguidamente, se les entregó el consentimiento informado (Anexo A). En este documento se detalló el proceso que seguirá la información recabada. Además, se precisó que los contenidos vertidos en la entrevista y sus identidades se tratarán con el anonimato y confidencialidad requeridas. En ese sentido, sólo serían manejados por la investigadora y la asesora que la guía.

Para cada entrevista se realizó preguntas iniciales que procuraron crear un ambiente de confianza. Posteriormente, se pasó a realizar las preguntas de la guía de entrevista. Se respetó la forma en que el participante daba inicio, desarrollo y fin a la entrevista; en ese sentido, no se forzó a mantener el orden de la guía de entrevista, sino, más bien, se siguió la manera en que las respuestas de los entrevistados cubrieron las preguntas del instrumento (Hernández, Fernández y Baptista, 2010).

Las entrevistas duraron aproximadamente dos horas a dos horas y media. Luego de obtener toda la información, por medio de la grabadora de voz, se pasó a transcribir cada audio de entrevista.

Análisis de información

Para el análisis, se realizó una lectura detallada del contenido vertido en cada entrevista. Así, se fueron formando categorías e interrelaciones (Hernández, Fernández y Baptista, 2010). Finalmente, se ordenó la información a través de codificaciones hechas con el programa Atlas. Ti 7 y posteriormente se construyó las áreas y categorías de análisis pertinentes (Hernández, Fernández y Baptista, 2010).

Posteriormente, se buscó comprender el significado completo y profundo de las experiencias de los participantes. Especialmente aquellas que tenían relación con el planteamiento del problema. Para ello se consideró importante todos los datos recabados, sobre todo, los que contradijeron las creencias de la investigadora. Por otro lado, se buscó homogeneizar el estilo de interacción con los participantes al momento de la entrevista y, también, se evaluó cómo la presencia de la entrevistadora pudo influir en las respuestas de los entrevistados y viceversa (Hernández, Fernández y Baptista, 2010).

Asimismo, se buscó que las concepciones, creencias y opiniones de la investigadora no influyeran en la recolección de información. Para ello, se evitó asentir, opinar o gesticular a partir de lo manifestado por el entrevistado. Además, se mantuvo respeto hacia el participante y sus declaraciones; y se procuró propiciar un diálogo genuino y confiable que buscó conocer a mayor profundidad las concepciones y experiencias de cada uno. Todo ello sin perder la labor y los fines de la investigación (Hernández, Fernández y Baptista, 2010). También, se buscó describir a los participantes el material recabado y el momento de estudio de la investigación (Hernández, Fernández y Baptista, 2010).

A partir de la guía de entrevista se buscó uniformizar la administración tanto en contenido como en forma. Es decir, se administró la misma guía de entrevista a cada uno de los participantes. Además, se buscó adoptar la misma postura y disposición al momento de entrevistarlos. Se utilizó una grabadora de voz para documentar las declaraciones de los participantes; asimismo, esta herramienta permitió el registro fidedigno de las experiencias y concepciones de los entrevistados, sin que haya espacio a errores de interpretación en sus declaraciones (Hernández, Fernández y Baptista, 2010).

Todo el proceso de análisis y organización de la información fue supervisado por una experta, con quien se discutió los datos recolectados (método y calidad del proceso de información), procedimiento y codificación. Por lo tanto, se buscó eliminar lo más posible aspectos que pudieron interferir en la adecuada interpretación de los datos, se rastrearon estos en su fuente y se explicó la lógica utilizada para interpretarlos (Sandoval, 2002).



Resultados y Discusión

Seguidamente se presentarán los resultados obtenidos a partir del análisis del contenido de las entrevistas, los cuales se contrastarán con la teoría para dar lugar a la discusión. Los resultados se agruparon en dos áreas. La primera, denominada, “Desarrollo de la identidad de género en hombres transgénero” y la segunda “Principales necesidades psicológicas de la identidad de género de hombres transgénero”.

En relación con la primera área, “Desarrollo de la identidad de género en hombres transgénero”, será entendida como el conjunto de experiencias subjetivas vinculadas a sus identidades de género durante las tres primeras etapas de desarrollo (niñez, adolescencia y adultez temprana). Desde ahí se expondrá el dinamismo de la identidad masculina durante el crecimiento. Para ello, se dividió el área en tres categorías “Identidad masculina transgénero durante la niñez”, “Identidad masculina transgénero durante la adolescencia” e “Identidad masculina transgénero durante la adultez temprana”.

Para la posterior lectura, es importante tener en cuenta la identidad de género de los participantes. Ellos son hombres transgénero, es decir, personas que han nacido con genitales femeninos, pero que se autoidentifican como hombres, hombres trans o personas masculinas.

Respecto a la primera categoría “identidad trans masculina durante la niñez” se ha encontrado que, desde edades tempranas, alrededor de los 5 y 6 años, los participantes experimentaron un reconocimiento incipiente de sus identidades de género, que se evidenció en sus sentimientos de *ser diferentes*. En otros casos, el placer que experimentaron al ser reconocidos como sujetos masculinos los llevó a pensar que “hay algo distinto en ellos”. En retrospectiva, notaron que dichos sentimientos fueron indicadores de su preferencia por la identidad de género masculina.

“No sé si hay algo que me haga sentir hombre, solo sé que lo soy. Es algo que uno sabe desde que tiene uso de memoria. Yo sabía que era diferente desde los 5, 6 años, no me acuerdo antes...” (participante 1, 23 años).

“yo me acuerdo de que cuando tenía 5 años, llamaban a mi casa por teléfono y cuando contestaba todos creían que era un hombre. Mi mamá decía ‘ay, todos creen que Rosa es una persona mayor, un señor, no saben que es una niña, una

mocosa', desde ahí ya empiezo a ver que hay algo distinto, porque me gustaba que me identificaran así...” (participante 6, 24 años).

En las viñetas se aprecia un discernimiento incipiente de sus identidades de género a temprana edad. Tal entendimiento pasó por un saberse hombre más allá de un indicador. En otros casos, el reconocimiento como sujetos masculinos por los otros fue el señalador que les permitió identificarse rudimentariamente. En algunos, las experiencias primarias con sus géneros fueron placenteras y notaron que había una preferencia por el género masculino. Estas experiencias propiciaron los primeros cuestionamientos y acercamientos a sus identidades transgénero masculinas.

De acuerdo con la teoría clásica sobre desarrollo sexual, niños y niñas se reconocen en un determinado grupo sexual en la primera infancia (Campbell, 1993; Wood, 1997; Rocha, 2009). Este reconocimiento se dará inicialmente a través del cuerpo, identificando las formas corporales, principalmente, los genitales “característicos” de cada género. A partir de ello, los infantes se ubicarán en uno de los grupos sexuales (Soley Beltrán, 2009). A la par, incorporarán las conductas y actitudes del grupo sexual con el que se identifiquen y buscarán ser competentes en el mismo (Campbell, 1993; Rocha, 2009). Contrariamente, las viñetas muestran que la autoidentificación de género no pasa necesariamente por la genitalidad. El sexo natal no es factor determinante para identificarse como hombre o mujer, masculino o femenino (Gallegos, 2014; Halberstam, 1998). Asimismo, Bardi, Leyton, Martínez y González (2005) indican que la identidad sexual comprende múltiples factores biológicos y psicológicos que se condensan bajo una dinámica compleja e irreductible. En ese sentido, la identidad de género, sentirse hombre, mujer u otra identidad, no podría simplificarse al cuerpo y genitalidad con la que se nace (Lamas, 2014).

A los 5 años, niños y niñas son conscientes de la diferencia de sexos (Papalia, 2009; Ramírez, 2017). A esa edad han alcanzado un desarrollo cognitivo, social y emocional que les permite comprender con mayor complejidad dichas diferencias (Ramírez, 2017). Los participantes del presente estudio no fueron ajenos a tal experiencia y, como sus pares no transgéneros, lograron ubicarse dentro de un grupo sexual, no correspondiente a la expectativa social por los genitales con los que nacieron; pero, en un proceso diferenciado y a sus propios ritmos, se ubicaron en el grupo de género masculino. Esto muestra que a la edad de 5 años el desarrollo cognitivo, social y emocional les permitió mirarse y comenzar a diferenciarse para identificarse con su género.

A partir de esto podemos concluir que las experiencias de género de personas transgénero no encuentran cabida ni explicación dentro del campo de conocimiento clásico sobre desarrollo sexual humano. La ruta de auto reconocimiento e identificación de género durante los primeros años de vida se alinea a experiencias no transgénero. En ese sentido, hay un vacío teórico que muestra lo mucho que falta por explorar y entender sobre sexualidad humana. Finalmente, esto dificulta la validación y reconocimiento de personas transgénero como parte de la diversidad sexual humana.

Como se aprecia, las vivencias de los participantes del presente estudio fueron significativamente distintas. Ellos se reconocieron “diferentes” a temprana edad. En otros casos, sintieron placer al ser reconocidos como sujetos masculinos. La investigación emergente sobre diversidad sexual humana señala que personas transgénero comprenden que su identidad de género no coincide con su sexo biológico, generalmente, durante la primera infancia (Brill y Pepper, 2008; Kennedy y Hellen, 2010; Mallon y Decrescenzo, 2006). Esto coincide parcialmente con las experiencias de los participantes del presente estudio, pues algunos de ellos, ni las personas que los cuidaban a esas edades, tuvieron conocimiento sobre identidades transgénero; por tanto, no pudieron comprenderse ni reconocerse. Sin embargo, sus experiencias muestran que, desde temprana edad, personas transgénero pueden identificar que algo sucede con ellos en relación a sus identidades de género. No hay una alineación cabal con la identidad esperada por los genitales de nacimiento.

Por otro lado, las experiencias de género durante la infancia también fueron vividas con miedo. No sabían si sentirse masculinos estaba “bien” o “mal”. Esto se muestra en la siguiente viñeta.

“cuando era niño, no mostraba mi masculinidad, nunca la mostré, fue como que ya más de grande, pero si estaba consciente de que yo era hombre, pero nunca lo dije. Entonces, nadie me trató como un chico, no pude mostrarlo. No lo dije porque tenía miedo, o sea, no sabía si estaba bien o mal...” (participante 2, 23 años).

“...Antes de los 7 años vivía mi masculinidad de manera más libre. Después de esa etapa me reprimí hasta los 17, como en el colegio usas uniforme, falda, blusa. La ropa en casa nadie me la daba. Me ponía buzo. No paraba con amigas. Paraba en casa. Del colegio a mi casa, no podía salir, mi mamá no me dejaba...” (participante 6).

Como se observa, expresar la masculinidad era amenazante. El miedo emergía por sentir que lo vivido con sus géneros era malo. Esto se entiende desde el contraste que supone sentirse hombre/masculino (o preferir lo masculino) en un cuerpo con genitales femeninos y la respuesta social que acarrea: represión, sanción, rechazo, patologización. Dicha respuesta los llevó a experimentar miedo, pues no formaban parte de lo aceptado. Sus experiencias de género no se ajustaban a las de las mayorías. Esto fue más notorio en el espacio escolar. El colegio era un espacio que disciplinaba los cuerpos a través de la vestimenta. Estas dinámicas provocaron ocultamiento y silenciamiento de la identidad. Sus vivencias identitarias no formaban parte de lo socialmente esperado y valorado (De Toro, 2015). En ese sentido, Feinberg (1996) menciona que las identidades de género que salgan de la norma serán sancionadas con la marginación. A partir de ello se entiende el miedo y el posterior ocultamiento de la identidad y preferencia masculina.

Por otro lado, durante la niñez, también experimentaron placer al ejecutar movimientos corporales o poses típicamente masculinas. Además, prefirieron interpretar personajes masculinos en sus juegos. Las siguientes viñetas lo ejemplifican.

“cuando era pequeño me gustaba hacer ejemplos actorales masculinos como poses y gestos... y decía ‘ay que chévere, me siento bien’...” (participante 6).

“A mí me gustaba bailar y a mi hermana también, y yo siempre hacía de hombre, en cualquier cosa que jugábamos siempre hacía de hombre. A veces con mis primos jugábamos a que éramos los personajes de Dragon Ball, yo siempre fui un hombre, no hacía papeles de mujer.” (participante 1).

De sus respuestas se aprecia un deseo por performar conductas típicamente masculinas y el placer al realizarlas. En sus juegos eligieron y prefirieron interpretar personajes masculinos, separándose de los femeninos. De acuerdo con ello, Díaz (2011) refiere que el juego es un elemento importante para el desarrollo infantil, está presente en la mayoría de las actividades del infante e influye en la construcción de su identidad de género (Díaz, 2011; Puerta y Gonzales, 2015). Los niños y niñas incorporarán roles, actitudes, valores y aspiraciones durante el juego, siempre en conformidad con lo que el sistema social apruebe para hombres y mujeres (Díaz, 2011). El infante buscará representar personajes que admire y se identifique (Lobato, 2005; Ortega, 1992). Además, tenderá a elegir personajes en base a características que reconozca propias, como el género (Dabies, 1994; Ortega 1992). En ese sentido, los niños

preferirán personificar figuras masculinas y las niñas figuras femeninas (Lobato, 2005; Puerta y Gonzales, 2015). Estas preferencias se reflejan en la selección de los participantes del presente estudio. Ellos buscaron interpretar personajes masculinos, representando el personaje con el género al que sentían pertenecer.

Por otro lado, un aspecto resaltante durante la infancia fue el interés por relacionarse predominantemente con niños varones y jugar los juegos típicamente masculinos que estos realizaban. Además, prefirieron la vestimenta que usaban sus hermanos hombres, es decir, una vestimenta típicamente masculina.

“Sentía que era diferente, porque no tenía muchas amigas, tenía más amigos hombres, no me gustaba lo que mis amigas jugaban... a la cocina, muñecas. Yo estaba más pegado a los hombres jugando con trompo, canicas.” (participante 1, 23 años)

“Mi mamá era de la idea de vestirnos a mí y a mi hermana siempre y siempre nos vestía igual... tener que vestirme igual que mi hermana para mí era una molestia, porque en realidad yo, es que era de juntarme más con mi hermano, todo el rato, quería salir con mi hermano, salir con sus amigos, quería usar la misma ropa que usaba mi hermano y, o sea, sí ha sido difícil por esa parte, mi mamá era muy femenina y yo no.” (participante 4, 24 años).

Hay una autopercepción de ser *diferentes* pues sus preferencias y gustos así se los indicaban. Preferían relacionarse con niños. No les gustaban los juegos que realizaban las niñas, juegos típicamente femeninos. Por el contrario, preferían juegos típicamente masculinos que niños varones realizaban. Además, no querían vestirse con ropa típicamente femenina, en cambio, buscaban usar la vestimenta que usaban sus hermanos varones. Tener que usar la misma ropa que sus pares femeninos fue vivido como “difícil”, una molestia. Además, no se consideraban femeninos. Todo esto les devolvía la idea de ser *diferentes*. De acuerdo con ello, Rocha (2009) menciona que los niños y niñas desarrollaran una motivación por adquirir las características necesarias que les permitan ser competentes con el grupo de género al que sientan pertenecer. Así, las personas que se identifiquen con el grupo sexual masculino construirán sus identidades de género con lo que la cultura dicte apropiado para la masculinidad (Bonino, 2003; Cruz, 2006; Fuller, 2002). En ese sentido, se entiende el deseo por interactuar con grupos de niños varones y la preferencia por los objetos que ellos usaban. Al identificarse con las identidades masculinas, los participantes ejecutaron acciones (performaron),

típicamente masculinas, que les permitieran sentirse competentes con dicho grupo de género (De Toro, 2015).

De lo anterior, se comprende que la preferencia por lo típicamente masculino en la infancia respondería a la influencia de los roles de género impuestos por la cultura. Las conductas estereotipadas, que se espera performe una persona por pertenecer a un determinado sexo, alimentan desde las primeras interacciones sociales las identidades genéricas infantiles (Lamas, 2014). Y si bien algunos pueden romper con ciertos esquemas culturales, no escapan totalmente del sistema de género que los cría (Rocha, 2009). También, es necesario tener en cuenta la madurez cognitiva durante la infancia. Esta permite entender la complejidad del género predominantemente desde lo binario y el estereotipo (Ramírez, 2017). En ese sentido, la preferencia por lo típicamente masculino en la infancia guardaría relación con lo que sus congéneres, la familia, la escuela, los medios de comunicación, entre otros actores, les muestran como preferencias y gustos esperados para el grupo de género masculino al que sentían pertenecer.

En suma, se aprecia preferencia por lo masculino y sus dispositivos asociados, desde temprana edad, evidenciando filiación con la identidad masculina. A pesar de no tener clara la identidad que iban forjando, sus preferencias y gustos fueron los indicadores para reconocerse inicialmente. Así se entiende la autopercepción “ser diferentes”. De acuerdo con ello, la investigación con niños transgénero de Olson, Key y Eaton (2015), a quienes se les permitió vivir su identidad de género, mostraron que niños transgénero se percibían en términos de su género expresado y mostraban preferencia por el mismo. Sus respuestas fueron semejantes a niños no transgénero con los que compartían la misma identidad genérica. Estos resultados son coherentes con las experiencias de los participantes del presente estudio. Ambos grupos prefirieron lo típicamente masculino asociado a la niñez. Sin embargo, contrario a las experiencias de los niños transgénero del estudio de Olson et al. (2015), los participantes del presente estudio no pudieron vivir libremente sus identidades de género durante la infancia. Esto podría explicar el miedo y la dificultad para definirse con una identidad clara.

Durante la niñez los participantes reconocieron sus preferencias de género. Sin embargo, este reconocimiento fue cuestionador, pues encontraron que dichas experiencias no correspondían a las identidades esperadas según los genitales de nacimiento. Adicionalmente, no tenían información sobre temas de diversidad sexual, esto los llevó a pensarse y cuestionarse constantemente (De toro, 2015). La concepción hegemónica de la masculinidad no les permitía apropiarse plenamente de sus identidades masculinas, pues la norma indica que la masculinidad corresponde a cuerpos de hombres “biológicos” (Cruz, 2006; Halberstam, 1998).

Otra variable importante en sus experiencias de género fue el cuerpo. Desde lo corporal, los participantes manifestaron que, durante la niñez, tenían “menos problemas” pues el cuerpo aún no desarrollaba características distintivas de mujeres (senos y caderas). Ese cuerpo “no desarrollado” les permitía “identificarse como hombres”.

“Antes cuando era un niño, era todo recto y no tenía nada, ahí si me identificaba como un hombre” (participante 2).

“Bueno, en mi niñez, no tenía tantos problemas como en la adolescencia o ahorita. O sea, no tenía pecho, no me diferenciaba tanto corporalmente de los demás hombres” (participante 5).

Se aprecia una asociación entre cuerpo e identidad de género. Hay una forma corporal que reconocen masculina y valida sus identificaciones como hombres o sujetos masculinos. El cuerpo masculino será importante para identificarse con el género masculino. En ese sentido, Cruz (2006) indica que el cuerpo comunica al mundo lo que somos. Un cuerpo masculino informará su pertenencia de género. El cuerpo devolverá y asentará la adherencia al grupo “hombres/masculino”. Esta dinámica permite la reafirmación del género.

Por otro lado, el cuerpo se entenderá como fuente de problemas, pues al crecer se alejará de la forma andrógina que la niñez otorgaba y, por tanto, los separará de lo masculino. Ese cuerpo infantil les permitía acercarse a la identidad masculina, a la que sentían y sienten pertenecer. En ese sentido, Cruz (2006) menciona que el cuerpo de un hombre, el cuerpo masculino, tendrá rasgos distintivos de la masculinidad como la resistencia, la capacidad, cierta complexión y tono muscular, la velloidad, tono de voz. Lo masculino empleará ciertas posturas y movimientos. Este cuerpo se instalará en el imaginario social configurando las concepciones de la masculinidad (Cruz, 2006). La forma del cuerpo cobra importancia al momento de identificarse con un género. El desarrollo de sus cuerpos moldeaba una forma identitaria que los distanciaba de la identidad que ellos querían abrazar. En ese sentido, se entiende “lo problemático” de crecer.

En la adolescencia, las experiencias de género se complejizaron. Los participantes cuestionaron con mayor fuerza sus preferencias masculinas. El desarrollo del cuerpo, la interacción familiar y escolar, así como, la poca información sobre diversidad sexual los interpelaba. La percepción de los otros sobre lo que significa la masculinidad, ser hombre y cómo es un cuerpo masculino fueron variables importantes para mirarse y entenderse. Con ello, emerge la segunda categoría, denominada, “Identidad masculina durante la adolescencia:

ambivalencias y resistencias”. En esta encontramos que, durante la adolescencia puberal y nuclear, los participantes experimentaron sentirse confundidos con sus identidades de género. Existió una disonancia más compleja, pues sus preferencias por lo masculino contrarrestaban fuertemente con la identidad femenina esperada socialmente.

“Hubo un tiempo en que empecé a tener esas ideas de que de repente para ser una chica soy muy masculina y, de repente, es porque mi hermano me trata así (en masculino). Y era como que le decía a mi mamá para que le diga a mi hermano que no me trate así. Es que quería ser normal, o sea, normal entre comillas, quería ser una chica “normal” para no tener problemas con nadie, con mi familia.”
(participante, 4)

Como se aprecia en la viñeta, hay un cuestionamiento a sus aspectos masculinos y la búsqueda por entenderse. A la par, existe un deseo por contrarrestar su masculinidad, pues querían ser “normales” para evitar conflictos, sobre todo con las personas significativas, como los miembros de la familia. En este punto, es importante entender la dinámica de la “normalidad” y el rol que juega en las experiencias de género de los participantes. La normalidad es un concepto socialmente construido que denota adecuación, salubridad, lo “bueno/correcto” (Preciado, 2013). Buscamos ser normales para ser aceptados socialmente y, con ello, evitar el rechazo y exclusión que conllevan dolor. Las experiencias de género de los participantes son “anormales” pues salen de lo socialmente aceptado. Las mayorías lo entienden así, dentro de ellas, los participantes del presente estudio, pues formar parte del sistema “normal/anormal” en el que todos nos hemos desarrollado. En ese sentido, los momentos de cuestionamiento y rechazo de la masculinidad estuvieron influenciados por los deseos de encajar en los parámetros de normalidad, es decir, de lo aceptado y no de lo rechazado/patologizado. Esta dinámica avala y perpetúa el discurso de discriminación y violencia hacia personas trans. Dichas valorizaciones también calaron en los participantes, facilitando la autopatologización y rechazo de sus propias experiencias de género (Austin & Craig, 2015).

El discurso imperante sobre las identidades que salen de la norma es de “patología o anormalidad”. Históricamente los discursos médicos han tratado a las identidades transgénero como anomalías. Si bien el actual manual diagnóstico y estadístico de trastornos mentales DSM 5 (2013) reclasifica y aclara que “la disconformidad de género no constituye enfermedad mental en sí misma, sino que su elemento crítico es la presencia de malestar clínicamente

significativo asociado a la condición de género” (p.458), no contextualiza las experiencias de malestar que vivencian personas transgénero, invisibilizando que dicha pesadumbre tiene origen en la mirada patológica que se tiene sobre ellas. La idea de que el cuerpo y sus genitales son determinantes en la construcción de identidad de género sigue siendo imperante; y la no conformidad que presentan personas trans con sus cuerpos es entendida como “anormalidad” (Lamas, 2009). Asimismo, categorizar dentro de un manual diagnóstico y estadístico de trastornos mentales las experiencias de malestar por la condición de género de personas transgénero deja el mensaje de identidades patológicas (Garizabal, 2010).

Estas dudas, cuestionamientos y ambivalencias que presentaron los participantes también se comprenden desde el momento etario en el que se encontraban. Durante la adolescencia los individuos buscarán consolidar sus identidades (De Toro, 2015; Díaz, 2006). Para ello, el grupo de pares es fundamental, pues les permitirá separarse de la infancia y el círculo familiar, con el fin de diferenciarse, lograr mayor autonomía y seguir construyendo sus identidades (Díaz, 2006). El yo/la identidad se nutrirá de los valores de la cultura y, también, de la selección que las personas hagan de dichos valores (Díaz, 2006). El grupo de pares será importante para cubrir estas necesidades, pero, también, los hará vulnerables a sus juicios. A su vez, los adolescentes serán influenciados por las figuras de autoridad y admiración que posean (Delval, 2000; Díaz, 2006). En ese sentido, las concepciones de los otros sobre lo “normal” y “anormal” serán un punto de referencia que los orientará para dirigirse en el mundo. De acuerdo con ello, la necesidad por ser parte de lo “normal” movilizará el rechazo a la propia identidad de género.

Por otro lado, una de las acciones que ejecutaron para contrarrestar sus masculinidades fue la auto imposición de la femineidad. La adopción de conductas típicamente femeninas, así como la incorporación de los distintivos sociales de la femineidad los llevó a experimentar afectos negativos.

“Tuve esta etapa en que quería ser femenina, trataba de usar maquillaje, pero me aburrí de eso, sentí que estaba fingiendo, que no era yo y no sé... no se sentía bien, es como que de un día para otro dejé de cuidarme, maquillarme y esas cosas... y volví a ser la persona de siempre y con eso estaba bien” (participante 4).

Como se aprecia en el testimonio, performar la femineidad provocó experiencias adversas como “no sentirse ellos mismos” o “sentirse fingidos”. Dejar de performar una femineidad autoimpuesta mitigó estos malestares, los hizo sentir mejor y redirigió sus

identidades masculinas. A partir de esto, se entiende las resistencias, pues re-abrazar sus identidades de género masculinas, con las que se sentían cómodos y genuinos, sobreponiéndose a las ambivalencias de una femineidad impuesta, muestra una constancia y persistencia identitaria. Las experiencias de agrado y desagrado al performar la femineidad y masculinidad fueron clave, pues les permitió identificar qué experiencias identitarias los hacía sentir bien y cómodos. Sin embargo, desde afuera, persistía el pedido por performar la femineidad, como se muestra en este testimonio.

“Siempre fui más masculino con respecto a mi hermana, ella siempre fue bien coqueta, siempre se pintaba y maquillaba. Mi mamá quería que yo me maquille, que sea como mi hermana, pero yo no quería, no me gustaba. Siempre he sacado un lado más masculino a pesar de que era mujer.” (participante 1).

Como vemos, pensar en actuar femeninamente para satisfacer los deseos de otros generaba rechazo en los participantes. Los afectos negativos al performar femineidad o imaginarse femeninos fueron guías para reconocer la identidad de género que poseían y querían seguir construyendo. La masculinidad, en sus distintas formas, fue el género con el que se identificaban. En esa línea, Hopper (2007) refiere que, si un adolescente no es capaz de lograr satisfacción con el sentido del sí mismo, con la construcción de identidad que está formando, se verá confundido. Así se entiende la confusión vivida en esta etapa de vida. En la adolescencia, los participantes no lograron sentirse cómodos con la identidad demandada por las expectativas sociales, pero tampoco con sus identidades masculinas, a pesar de haberse identificado con “un lado más masculino”. La desinformación sobre diversidad sexual, la patologización a quienes salen de lo esperado, entre otras variables, influyeron en sus experiencias de confusión e incomodidad (De Toro, 2015). Desde allí se entiende la pesadumbre y ambivalencia, a pesar de la preferencia y comodidad con la performatividad masculina en espacios más íntimos.

Las vivencias de confusión, inseguridad y reafirmación de la identidad de género también se entienden por las crisis identitarias propias de la adolescencia. Dentro de estas se encuentra la del desarrollo corporal que se da en la pubertad (Delval, 2000; Díaz, 2006). Para los participantes dicho cambio fue vivido de manera significativamente distinta a la mayoría de adolescentes, pues construían sus masculinidades en el cuerpo de personas con vagina, de las que se espera la identificación con el género mujer. Por tanto, afrontar las transiciones y crisis

de su edad con la experiencia de “no congruencia” entre sus cuerpos e identidades de género, generaba una consecuente confusión e inseguridad.

De otro lado, un espacio importante de socialización durante la adolescencia será la escuela. En ella se reproducirán las dinámicas de género que la sociedad mantenga (Meza, 2018; Preciado, 2013). En ese sentido, la escuela fiscalizará y regulará las identidades de género, ya que determinará lo apropiado para cada cuerpo (Foucault, 1975; Preciado, 2013). Las identidades normalizadas y aceptadas serán las que alineen cuerpo e identidad de género, reforzando la idea de que el cuerpo es destino del género (Preciado, 2013).

“En la escuela nunca mostré mi masculinidad, igual me juntaba con todos los hombres, pero ahí los géneros se marcaban más, hombre-mujer, entonces casi siempre tenía que irme con las mujeres... Yo era muy masculino, entonces había burlas de ciertos chicos. A veces me sentía más protegido con mujeres y no era como con mis primos que si había más acercamiento. En cambio, con ellos si éramos amigos, pero limitaban a los hombres y a las mujeres, entonces me sentía como que a veces confundido, porque quería estar con los chicos, pero no podía. Tenía que resignarme a estar con las chicas, mientras veía que ellos jugaban fútbol, y yo tenía que jugar vóley; por eso no me gustaba. Por eso no sobresalí mucho, a veces por temor a las burlas. Tenía miedo.” (participante 2)

“En el colegio no mostraba nada. Es más, cuando le dije sobre mi identidad a mis amigos de promoción de ese colegio...lo publiqué en Facebook y puse que voy a cambiar, les sorprendió a mis amigos de promoción, porque yo nunca di una señal de que iba a ser un hombre o algo así. Es que actué toda mi secundaria, nadie sabía nada, por eso les sorprendió bastante. Mi actuación me producía malestar, en ese entonces si me sentía mal porque no era quien yo quería ser. Aparentaba ser una persona que no era.” (participante 1).

De los testimonios se aprecia que la dinámica de la escuela indicaba qué era lo apropiado para cada género y su “respectivo” cuerpo, por lo tanto, no mostraron sus identidades masculinas. A pesar de querer relacionarse más con chicos, interactuaron principalmente con chicas, pues era el grupo que les “correspondía” y al que eran dirigidos por el cuerpo que poseían. La represión y ocultamiento de la identidad respondía a la conciencia de que su identidad y sus conductas masculinas eran sancionadas en sus cuerpos de mujeres. Así evitaban la confrontación, rechazo y burlas. En suma, aparentaron una identidad que les generaba

malestar, no pudieron ser genuinos. Estas respuestas resultan entendibles pues las vivencias de sus masculinidades provocaban una sanción en el espacio social. Por ello, aparentar una identidad que no les generaba placer fue un recurso para salvaguardarse de las múltiples violencias a las que estaban expuestos.

Según Preciado (2013) la escuela será una institución normalizadora de los cuerpos, pues delimitará y construirá las identidades que el sistema necesite. En ese sentido, las identidades esperadas son las que están conformadas de un cuerpo y genital sincronizados con su “respectiva” identidad de género. Es decir, para cuerpos con vaginas se espera la identificación con la femineidad y la identidad “mujer”; asimismo, para cuerpos con penes y sus “correspondientes” identidades. Las experiencias de género de los participantes fueron sometidas a la demanda normalizadora de los cuerpos que imparte la escuela. Ellos se acomodaron a los mandatos hegemónicos de género, dificultándoles la expresión espontánea de sus identidades. Esto los llevo a experimentar afectos como miedo y angustia por las dudas que emergían.

El cambio corporal de la adolescencia puberal influencia significativamente en las identidades trans, pues el cuerpo les devolvía la pertenencia a un determinado grupo de género (Cruz, 2006). Casi el total de participantes sintieron rechazo e incomodidad con el desarrollo de sus cuerpos. Esto se evidencia en los siguientes testimonios.

“también me incomodó el desarrollo del cuerpo, o sea no me sentía a gusto con lo que veía. Cuando veía el cuerpo de un hombre, yo me quería ver así. Cuando me ponía ropa de hombre, camisas o algo así, yo veía que no me quedaba como a mis primos y eso me frustraba.” (participante 2).

“En la adolescencia siempre me veía en el espejo y decía pucha no me siento a gusto con esto (los senos), o sea, me veía y decía ¿por qué tengo esto en mi cuerpo?, ¿por qué? Cuando veía a mi hermana decía “pucha mi hermana ha salido así y yo también he debido salir así”. Algunas veces me hubiera gustado volver a nacer, para no tener este cuerpo.” (participante 5)

El surgimiento de características sexuales secundarias como los senos les generaba malestar. Sus cuerpos cambiantes durante la pubertad no les permitía expresar sus identidades como querían. El deseo por tener un cuerpo masculino/hombre biológico fue grande, evidenciando en la expresión “querer volver a nacer”. Estas experiencias encuentran respuestas

en la dificultad para expresar sus identidades de género. Es decir, un cuerpo con características físicas femeninas es difícil de vestir y lucir masculinamente para que muestre el género deseado. En ese sentido, era difícil expresar sus géneros, el cuerpo femenino está asociado fuertemente a la identidad mujer, y les impedía mostrar sus identidades como realmente las sentían. Esto, en última instancia, los alejaba de sus identidades masculinas. De acuerdo con ello, De Toro (2015) menciona que en la adolescencia el cambio corporal será vivenciado como un evento significativo. Los adolescentes buscarán adaptarse a la nueva forma del cuerpo. Esta adaptación cobrará un matiz distinto en adolescentes trans, ya que verán cómo sus cuerpos los alejarán de sus identidades de género (Brill y Pepper, 2008). Así se entiende las respuestas de rechazo al cuerpo cambiante. Los adolescentes transgéneros tienden a experimentar los cambios corporales dados en la pubertad con estrés, angustia, vergüenza y aversión (Brill y Pepper, 2008).

Esta dinámica de rechazo al propio cuerpo, por la emergencia de características sexuales femeninas como los senos, dificultaba una buena relación con los mismos y, consecuentemente, una construcción saludable de sus identidades género.

“De ahí mis pechos era lo que más odiaba, hasta ahora es lo que más odio. Porque sentía que no deberían estar ahí, porque no los quería, no me lleve bien con ellos desde que vinieron a mi cuerpo. No me hacían transmitir lo que yo quería hacer transmitir a los demás, por cómo me veía. Quería transmitir que no era una chica y era lo que más hacía notar que era una chica.” (participante 3)

Como se aprecia, hay un rechazo por los senos. Estos no les permitían transmitir sus identidades de género. Según Cruz (2006) y Vartabedian (2007) en el imaginario social, el cuerpo tiene una determinada forma según el género (Cruz, 2006; Vartabedian, 2007). Los cuerpos de mujeres tendrán características “femeninas”, tales como, senos, caderas anchas, cintura angosta, entre otras. Todas estas características y formas corporales identificarán a dicho grupo de género (Vartabedian, 2007). Los distintivos corporales definirán qué cuerpo es masculino/ “de hombre” y qué cuerpo es femenino/ “de mujer”. En ese sentido, sus cuerpos no legitimaban sus identidades de género masculinas, así se entiende el rechazo del mismo durante esta etapa de vida. Finalmente, sus cuerpos dificultaban la reafirmación de la identidad de género.

Como se mencionó, cada cuerpo tiene una forma de acuerdo al género. En ese sentido, ser hombre se vincula al cuerpo y sus características “masculinas”. La fuerza física y el

desarrollo muscular fueron indicadores que les permitieron asumirse como sujetos masculinos/hombres durante la adolescencia.

“Antes, cuando era más chico, yo sentía que no era hombre por lo físico, porque nunca iba a tener los músculos, la fuerza...” (participante 7)

“Ahora me gustan más mis brazos... me gustan más porque ya tienen la forma más masculina. Como que se hacen dos bolitas, y antes me gustaban porque hacia deportes y se veían como que con músculos. Ahora como que no hago nada e igual se ve con musculo, me emocionaba eso. Era como que siempre podía competir con los chicos, era lo que más me gustaba. Me gustan mis piernas, ahora soy un hombre velludo...” (participante 2)

Para los participantes ser hombre o masculino significaba poseer determinados rasgos corporales asociados a la masculinidad. Como indica Cruz (2006) un cuerpo será considerado masculino al poseer atributos como la fuerza, la capacidad, la resistencia, cierta complexión y tono muscular, determinadas posturas y movimientos. Es decir, existen determinadas formas físicas que legitiman un “cuerpo masculino” (Cruz, 2006). Los participantes del presente estudio no fueron ajenos a dichos esquemas y entendieron que para asumirse como “hombres” hay que poseer un tipo de cuerpo. Adicionalmente, tener estas características corporales de la masculinidad, como brazos con determinado tono muscular, facilitaba la comparación entre sus pares masculinos no transgénero. Esto, en última instancia, les devolvía un sentimiento de pertenencia y competencia con el grupo de género al que sienten pertenecer.

Por otro lado, esta preferencia por cuerpos masculinos socialmente valorados tiene influencia de las fuentes de información a la que tuvieron alcance, así como, del desconocimiento imperante sobre diversidad sexual que existe en la población general. La información a la que tuvieron acceso no les mostró la variedad de experiencias trans. Sus fuentes de información fueron internet en donde predominaba experiencias de personas trans que se ubicaban en el sistema binario y que preferían un cambio corporal a través de intervención médica y farmacológica, con modelos de belleza idealizada desde lo físico. Este fue su primer acercamiento a las identidades transgénero y, por tanto, sus primeros e iniciales referentes.

Asimismo, la preferencia por las características de los cuerpos masculinos hegemónicos o tradicionales que algunos participantes mostraron se entiende desde el momento de vida y

transición del género en la que se encontraban. Al inicio de la exploración de sus identidades de género y de su identificación como personas trans, es esperable cierta rigidez en la concepción de la masculinidad, que incluye el cuerpo masculino. La constante inseguridad en sus identidades producto de la desinformación, el tabú y el miedo, así como, la invalidación de sus masculinidades por los grupos significativos, abre paso a una rigidez sobre la misma que les devuelve seguridad, confianza y reafirmación del género. El cuerpo masculino con rasgos típicos de la masculinidad como la fuerza y músculos es lo seguro, lo inamovible, lo constante. A ese cuerpo es difícil arrebatárle la identidad masculina. En ese sentido, se entiende la rigidez al entender los cuerpos masculinos. Poseer un cuerpo con características típicas de la masculinidad les permitiría sentir seguridad con sus identidades de género.

Posteriormente, mientras fueron creciendo, uno de los elementos que influyó en el propio entendimiento de sus experiencias de género fue el acceso a información sobre diversidad sexual. Conocer sobre identidades transgénero les permitió reconocerse, entenderse e identificarse. Algunos abrazaron con mayor fuerza sus identidades masculinas y comprendieron que no estaban “mal” o “enfermos”, a la par, experimentaron felicidad al reconocerse en una identidad. De acuerdo con ello, Kennedy y Hellen (2010) afirman que las personas transgéneros experimentarán alivio al recibir información sobre identidades transgénero.

“lo primero que puse [en internet] ‘si me siento mujer y soy un varón, por qué siendo mujer me siento como un varón’, entonces empezaba a ver un montón de casos, empezaba a ver videos en youtube, entonces fue que empecé a ver qué era una persona trans. Hasta ese momento no tenía una idea completamente clara o las palabras exactas, y es ahí cuando empecé a ver testimonios y es cuando sentí la felicidad, eso soy...” (participante, 4)

La búsqueda de información fue motivada por entender qué les pasaba, por qué experimentaban sus identidades de género como únicas, distintas a las experiencias de la mayoría. Con la información sobre identidades transgénero pudieron comprenderse a mayor profundidad y reconocerse. Iniciaron un proceso de despatologización y/o quitarse prejuicios de sí mismos. Se sintieron mejor y entendieron por qué querían expresar sus identidades masculinas. La información les permitió resolver dudas pendientes que arrastraban desde la niñez. Sin embargo, después de alegría de reconocerse, experimentaron miedo por lo que afrontarían luego de asumir sus identidades transgénero.

“...ya de ahí, después de ver todo eso, y haberme alegrado de ya por fin haber encontrado lo que yo era, ya es como que vino el bajón, porque me daba miedo, ‘¿qué va a decir la gente?’ o, ‘¿podré hacer esto alguna vez?’, y me deprimí, o sea, en ese momento es que empezó mi depresión y como que toqué fondo.” (participante, 4).

Después de la alegría y tranquilidad de reconocerse como parte de una identidad válida, sintieron miedo y tristeza por no saber qué pasaría en las distintas áreas de sus vidas al asumirse como personas transgénero. Surgieron muchas preguntas y cuestionamientos que los llevaron a sentir distintas emociones, entre ellas, tristeza. Incluso algunos llegaron a percibirse con sentimientos de depresión. De acuerdo con ello, De Toro (2015) afirma que la transición es un periodo importante en la trayectoria de vida de las personas transgénero. La asunción de identidades que no son valoradas socialmente conlleva experiencias de miedo, angustia e incertidumbre (Brill y Pepper, 2008). La literatura indica que cada persona tendrá un tiempo particular para aceptar, asumirse y transitar los cambios que quiera realizar, empujar la transición podría ser perjudicial (Brill y Pepper, 2008).

Como se mencionó, a la par, reconocerse como personas trans también les permitió abrazar de manera más firme sus identidades masculinas y los llevó a experimentar sentimientos placenteros.

“cuando acepté que era trans me sentí mejor porque sentí que en ese momento entendía todo de mí, entendía por qué era así, por qué me veía así, por qué quería expresar mi masculinidad. Y ya no sentía que eso estaba mal, en algún momento dije ‘¿por qué estoy haciendo estos cuestionamientos a mi cuerpo?’. Y entonces sentía que estaba enfermo, pero no era así pues, cuando supe que no era una enfermedad y que cualquier persona podía sentir así su cuerpo, que cualquier persona se podía sentir diferente, ahí me di cuenta que podía seguir con eso, expresar mi masculinidad.” (participante, 5)

La aceptación de la identidad transgénero promovida por la información adecuada permitió el reconocimiento y la reafirmación de la identidad masculina. Ver que sus experiencias no correspondían a ninguna patología los llevó a experimentar tranquilidad y permitió la expresión de la masculinidad con menor reparo. En ese sentido, se muestra que la información, espacios y personas que validen sus identidades trans facilitarán el desarrollo saludable de sus masculinidades. Contrariamente, los espacios, personas e información que

invaliden o no reconozcan sus identidades de género promoverán sentimientos de malestar y afectación negativa a la salud psicológica. Dentro de las experiencias de los participantes, uno de los espacios sociales en donde se sintieron mal por la no aceptación de sus identidades transgénero fue en la familia. La no aceptación de sus identidades por familiares cercanos provocó sentimientos dolorosos que, en varios casos, los llevó a padecer enfermedades mentales como la depresión.

De otro lado, la persistencia de sus aspectos masculinos en la configuración de sus identidades de género y la mayor complejidad cognitiva, que la adultez les otorgaba, permitió un entendimiento distinto de sus masculinidades. De acuerdo con ello, Díaz-Loving, Rocha y Rivera (2007) explican que las concepciones de género se irán flexibilizando y complejizando, dado que los procesos cognitivos se van sofisticando mientras las personas se acercan a etapas de vida más adultas. Así se entiende la tercera categoría denominada “Identidad masculina transgénero durante la adultez temprana”. En esta etapa experimentaron mayor comodidad con sus identidades masculinas. Flexibilizaron sus ideas sobre lo que significa la masculinidad y los cuerpos que la performan. Los participantes ya no buscaron actuar una masculinidad idealizada, comprendieron que ser hombre no pasa por cumplir los mandatos de la masculinidad socialmente valorada. En ese sentido, varios flexibilizaron sus estándares y aceptaron sus características tanto femeninas como masculinas, acogéndolas e integrándolas en la construcción de sus identidades de género.

“La sociedad es muy machista, antes compartía esas ideas, se podría decir que era una persona machista, como yo me comportaba estaba mal y decía ‘que los hombres son así, las mujeres son así, los hombres pueden hacer esto y las mujeres no’. Yo me sentía mal por esas cosas y me auto juzgaba, tenía que ser ese tipo de hombre...” (participante 4)

Los participantes reconocieron la presencia de mandatos hegemónicos de la masculinidad en la construcción de sus identidades masculinas. Recordaron experimentar sentimientos de malestar al imponerse dichos mandatos, sin embargo, sintieron que debieron ser “ese tipo de hombre”. El deseo por performar una masculinidad que les procuraba displacer respondería a la necesidad de alcanzar la masculinidad socialmente valorada. Lograr dicha masculinidad satisfacía la necesidad de validación de la identidad de género. Esto resulta comprensible dada las características de los participantes. Ellos han vivido una negación constante de sus identidades de género por ser transgéneros. La masculinidad hegemónica ofrecía una ruta de

legitimización de la identidad. De acuerdo con ello, Fuller (2001) refiere que la masculinidad hegemónica será el modelo idóneo, ya que contiene las características masculinas socioculturalmente valoradas. Así, las personas que se identifiquen como hombres buscarán alcanzar dichos mandatos, pues legitimará sus identidades de género y los acercará a ser “hombres de verdad” (Cruz, 2006; Kimmel, 1997). En ese sentido, los participantes buscaron intuitivamente acercarse a los modelos hegemónicos de masculinidad con el fin de validar sus identidades, las que han sido constantemente negadas y cuestionadas.

Posteriormente, los participantes modificaron, en distintos grados, la manera de entenderse y entender a los otros, flexibilizaron sus ideas sobre la masculinidad. Esto les permitió juzgarse menos y construir una identidad masculina diferente. Comprendieron que la construcción de la masculinidad puede distanciarse de las formas hegemónicas.

“... Ahora, obviamente no, está bien ser hombre y llorar, está bien ser hombre y ser delicado, si es que quiero. Mi expresión, la forma en que yo me expreso no condiciona si soy hombre o no. Ha cambiado mucho mi percepción de ser hombre.” (participante 4)

“... antes [cuando el cuerpo y vestir eran femeninos] no podía pasar por una calle solo, porque sentía miedo o la gente molestaba. Y ahora que soy yo, y que puedo pasar por las calles, no me molestan, en el taxi puedo pasar en cualquier taxi y no me hacen nada, no me hablan... Cuando me veía como chica como que siempre te hacen el habla, te preguntan si estás sola o lo que sea. Y es súper incomodo, la gente cree que por ser mujer tienen derecho de hablarte, de preguntarte cosas que son privadas, porque son hombres. Ahora es más fácil, me parece ilógico, ¿por qué debería ser más fácil?... Creo que por eso tengo la percepción de que ser un hombre no me tiene que hacer ser rudo o vulnerable a las mujeres.” (participante 3)

Las características de personalidad asociadas a lo femenino como ser delicado o sensible no condicionaron la percepción sobre sus identidades masculinas. Es decir, entienden que no dejan de ser hombres o sujetos masculinos al asumirse como personas sensibles y/o delicadas. En ese sentido, dieron un giro a lo que significa ser hombre. Por otro lado, las experiencias que vivieron con sus cuerpos femeninos les permitieron reflexionar sobre la violencia que experimentan las mujeres. Notaron que la violencia y acoso en los espacios públicos disminuyó con sus cuerpos masculinizados. Es decir, vivenciaron los privilegios que la masculinidad le

otorga a los cuerpos. A partir de ello, comenzaron a reflexionar sobre las normas que se les imponen a los cuerpos. Sus identidades masculinas también se construyen desde la comprensión de la situación del otro, pensando lo vivido en el cuerpo feminizado. Así, buscaron construir una masculinidad diversa, amable e igualitaria. La identidad masculina que construyen es más consciente de la violencia de género, pues la vivieron en sus cuerpos que aún no modificaban ni vestían masculinamente. Comprendieron, en distintos grados, por qué es importante una masculinidad no machista, que no oprima a las mujeres ni a sí mismos. Finalmente, sus identidades masculinas se construyen, también, desde los privilegios que la masculinidad le otorga a los cuerpos masculinos y masculinizados.

En cuanto al cuerpo, lo fueron percibiendo de manera distinta. El deseo de cambiarlo fue menos apremiante. En otros casos, el rechazo al propio cuerpo disminuyó, contrario a las experiencias en la adolescencia. Durante la adultez temprana, la mirada hacia sus cuerpos fue de mayor aceptación. El cuerpo masculino no tiene que ser como el de un hombre cisgénero. El cambio de perspectiva les permitió sentirse mejor consigo mismos, más cómodos y menos oprimidos.

“... Ahora no tengo algo en contra de mi cuerpo, también llegué a aceptar mis senos, así he nacido y soy hombre, y que voy a hacer... lo único que me queda hacer es trabajar, ejercitarme y hacer algo al respecto. Ya no tengo nada en contra de mi cuerpo y acepto todo lo que tengo y lo que no tengo.” (participante 7)

Del testimonio se aprecia una mayor aprobación del cuerpo. Este no tiene que ser idéntico al cuerpo de un hombre cisgénero para ser considerado un cuerpo masculino o de hombre. El cuerpo se resignifica, es decir, se amplifica la noción de cuerpo masculino. Este también puede tener formas femeninas. De acuerdo con ello, Bento (2009) refiere que la construcción de identidad de personas trans tendrá que solucionar la disyuntiva entre cuerpo y género para seguir erigiéndose. Algunas personas trans rechazarán el cuerpo y otras lo aceptarán. Estas son formas de resolver el conflicto para seguir construyendo el género. En el presente estudio, los participantes escogieron construir sus identidades aceptando, en distintos grados, sus cuerpos. Es decir, reconciliándose con las formas femeninas que también poseían.

A la par, se observa una necesidad por masculinizar ciertas zonas del cuerpo, como el pecho. Para ello, algunos acudieron a intervenciones quirúrgicas y otros utilizaron vendas para fajarse los senos. La modificación del cuerpo es importante pero no determinante a la hora de

sentirse hombre o persona masculina. Sin embargo, en algunos casos, modificar el cuerpo se vuelve determinante en la interacción con los demás.

“Es que el pecho no te hace sentir hombre, porque las mujeres con cáncer de mama están sin pecho y se sienten mujeres. Pero yo simplemente quiero no tener pecho para estar dentro del masculino y no tener problemas, además me gusta el cuerpo masculino, me siento mejor así, con barba, sin pecho... Si no hubiera problemas en el entorno social yo me dejaría el pecho. Y que a pesar del pecho me identifiquen como hombre, porque yo me siento hombre, sin tener mi pecho o no” (participante 6)

La influencia social nos permite entender que la identidad de género, también, se construye con la mirada externa. En ese sentido, se entiende la necesidad por modificar el cuerpo. Es decir, masculinizar ciertas zonas del cuerpo les devuelve una sensación de comodidad consigo mismos y de libre interacción con los demás y, adicionalmente, una concordancia entre cómo se identifican y cómo son identificados por los demás. Poseer un cuerpo masculinizado afianza la identidad masculina en dos dimensiones, una interna, desde la propia mirada del sujeto; y otra externa, desde la mirada de los otros. De acuerdo con ello, Vartabedian (2007) indica que el cuerpo se construye y valida a través del otro. La mirada externa legitimará la identidad de género a través del cuerpo. A partir de ello, se entiende la importancia de masculinizar el cuerpo, pues permite la afirmación de sus identidades de género. Esto resulta clave en la experiencia de los participantes del presente estudio, pues sus identidades de género han sido negadas y/o cuestionadas a lo largo de su crecimiento.

“No es que deteste mi cuerpo, no es que ya quiero cambiarlo. No soy así con mi cuerpo, es mi cuerpo, hasta ahora tengo que convivir con mi cuerpo. No me detesta bañarme, no lo detesto, no lo odio o me deprimó, no pues. ¡Que me voy a deprimir!, sino que es este hecho que me sienta bien con la familia de mi novia, con un cuerpo, que me pueda sacar el polo como mi primo, yo también hacer eso, eso me gustaría” (participante 6)

Aquí se aprecia con mayor claridad como la identidad de género se erige en la dinámica social. Sentirse cómodos con sus masculinidades y, a la vez, con los otros, pasará por la concepción que tengan estos últimos sobre sus cuerpos (Vartabedian, 2007). A su vez, estas concepciones son nutridas por las concepciones que posea la cultura sobre el género (Cruz,

2006; Fuller, 2011; Meza, 2018). En ese sentido, el cuerpo masculinizado satisfará las necesidades de construcción identitaria (Bento, 2009).

Ahora, entraremos a la segunda área de investigación denominada “principales necesidades psicológicas de la identidad trans masculina”. Aquí se ahondará en las experiencias significativas que les permitieron ubicarse en sus identidades transgénero y reafirmarlas. De acuerdo con sus discursos se identificó tres necesidades. La primera, denominada, necesidad de coherencia, que muestra la búsqueda constante por encontrar una lógica a sus experiencias de género. La segunda, necesidad de reconocimiento social, que desarrolla la demanda por ser reconocidos como sujetos masculinos. Y, finalmente, la necesidad de pertenencia a un grupo, que explica el deseo por formar parte de un grupo con el que se sientan identificados y acogidos. A partir de ellas, se construyeron las siguientes categorías “Identidad trans masculina y la necesidad de coherencia”, “Identidad trans masculina y la necesidad de reconocimiento” e “Identidad trans masculina y la necesidad de pertenencia”.

La primera categoría “identidad trans masculina y la necesidad de coherencia”, se refiere al deseo de entenderse, es decir, de encontrar una lógica a sus experiencias de género. La coherencia implica comprenderse desde lo interno/psicológico, evidenciado en los cuestionamientos por la preferencia a lo masculino, pero también, desde lo externo/corporal, reflejado en el deseo por masculinizar el cuerpo.

“Siempre me sentí diferente, pero no sabía por qué, no tenía la vía de hablar con alguien y explicarle el tema o de saber que sentía porque no tenía ningún apoyo y en mi colegio era súper tabú el tema, incluso el de ser lesbiana. Entonces menos iban a saber qué sentía yo, si yo tampoco lo sabía, después fue que lo descubrí. Cuando digo ‘el tema’ me refiero a la gente transgénero, a la gente que no se siente bien con su cuerpo. Que siente que no se ve como se percibe por dentro, entonces, era súper yuca.” (participante 3).

En este testimonio se refleja la dificultad para comprender sus experiencias de género. Estas no encontraban espacio de ubicación, lo que les generaba desconcierto, confusión y sentimientos de soledad. Así, les quedó situarse en el lugar de “los diferentes”. Para los participantes encontrar coherencia con sus experiencias de género fue difícil. Muchas veces se encontraron solos, sin la posibilidad de apoyarse en algún espacio o persona(s) que los ayuden a comprenderse. Un espacio que podría haber servido de soporte como la escuela, no tenía

información sobre el tema, incluso fue percibida como un lugar en donde hablar de sexualidad era prohibido. En conclusión, encontrar coherencia con sus experiencias de género fue un camino difícil, solitario y, muchas veces, doloroso.

Hallar lógica a sus experiencias de género fue importante. La coherencia permitió comprender la aparente incongruencia que denotaban sus experiencias identitarias y, consecuentemente, mitigó el malestar que vivieron.

“Y cuando comprendí y acepté que era trans me sentí mejor porque sentí que en ese momento entendía todo de mí, entendía porque era así, porque me veía así, porque quería expresar eso [la masculinidad]. Y ya no sentía que eso estaba mal, en algún momento dije ‘¿por qué estoy haciendo estos cuestionamientos a mi cuerpo?’. Y entonces sentía que estaba enfermo, pero no era así pues... cuando supe que no era una enfermedad y que cualquier persona podía sentir así su cuerpo, que cualquier persona se podía sentir diferente, ahí me di cuenta que podía seguir con eso. Podía seguir el camino de poder expresar la masculinidad como yo quiero. (participante 5)

Como se aprecia, encontrar coherencia en sus experiencias, a través del auto reconocimiento como personas transgéneros facilitó el propio entendimiento y los llevó a experimentar afectos placenteros, evidenciados en sus discursos como “estar mejor”. En ese sentido, Nóveda (2012) indica que la construcción de la identidad transgénero iniciará con la búsqueda de información y la identificación con lo transgénero. Para seguir construyendo la identidad de género hay que reconocerse en una opción identitaria válida. Las identidades transgéneros les ofrecían esta validez y una forma de nominarse que les daba sentido.

A la par, la necesidad de coherencia también involucró el cuerpo. Entender la dinámica que iban configurando con sus cuerpos fue importante. Los participantes desearon masculinizar sus cuerpos, pues buscaron correspondencia entre estos y sus percepciones de género. Expresar la masculinidad a través del cuerpo se convirtió en una necesidad para algunos.

“He realizado mastectomía y también me he hormonado, lo hice para plasmar mi yo interno al exterior, sentirme bien conmigo mismo, no ver en el espejo la mujer que era por fuera, sino verme en el espejo y ver mi yo interno. Si bien yo cuando me veía al espejo veía a un hombre del

cuello para arriba, cuando miraba del cuello para abajo veía a una mujer; entonces yo quería ver al espejo y verme a mí mismo. Entonces, yo tome la decisión de hacerme la operación y realmente verme como un hombre, y sentirme bien conmigo mismo. Funcionó, porque me siento mejor.” (participante 1).

En esta respuesta se aprecia el deseo por mirarse como sujetos masculinos desde el cuerpo. Masculinizar el cuerpo se relacionará con la expresión de la masculinidad desde lo concreto, es decir, desde lo palpable que otorga el cuerpo. El cuerpo masculinizado les permite materializar sus identidades masculinas. Dicha materialización corporal les devuelve, a través del reflejo, ser sujetos masculinos. En ese sentido, hay una necesidad de coherencia corporal. Para entender esto Bento (2009) y Nóveda (2012) indican que algunas personas transgénero buscarán coherencia corporal porque el mensaje social sobre sus identidades será de “error”, ya que sus experiencias no se amoldan a la norma hegemónica de género. Esto los impulsará a querer encontrar una concordancia entre sus experiencias de género y sus cuerpos. Por ello, buscarán cambiar el cuerpo. Plasmar sus géneros en el cuerpo resulta una salida para seguir construyendo sus identidades de género (Bento, 2009).

“masculinizar el cuerpo me quita el sueño algunas veces, pero no me digo que ‘ya, tengo que hacerlo’. Antes sí, como que ya quería hacerlo, tenía una ansiedad por hacerlo, antes cuando no sabía que era trans... Era como que ‘¿cómo hago para sacarme esto?’, alguna vez buscaba cosas en youtube, o cosas en internet y buscaba cómo tener más aspectos masculinos. Lo hacía porque me gusta verme así, creo que me vería como en realidad pienso verme en un futuro... más masculino.” (participante, 5)

El deseo por masculinizar el cuerpo disminuye cuando los participantes se comprenden como personas transgénero. Entenderse desde las identidades transgénero les permitió encontrar respuestas a las aparentes incongruencias que experimentaron por querer performar sus masculinidades y masculinizar sus cuerpos. Encontrar respuestas y coherencia en sus vivencias de género disminuye el deseo por masculinizar el cuerpo, pero no lo elimina. Esta constancia por masculinizar el cuerpo respondería, como se mencionó, a la necesidad de reafirmar la identidad masculina, pues un cuerpo masculino les devuelve la idea de ser sujetos

masculinos e informa a los otros su pertenencia a la masculinidad. En esa dinámica se ratifican las identidades masculinas de los participantes.

De acuerdo con lo anterior, el imaginario social construye los cuerpos masculinos y, a su vez, nutre las concepciones de género de los participantes. Tal como dice Cruz (2006) el cuerpo de hombre tiene determinadas formas y características, como la espalda ancha, caderas angostas, voz grave, entre otros indicadores asociados a la masculinidad. Asimismo, Bourdieu (1999) indica que el cuerpo se co-construye con la cultura, ambos se alimentan y modifican constantemente. Esta mirada de los sujetos y cuerpos masculinos cala en los participantes y forma parte de los lentes de género con los que ven el mundo y a sí mismos.

La presente investigación muestra como la masculinidad de los participantes denota constancia y persistencia a través del tiempo. Desde los primeros acercamientos a sus gustos y preferencias por lo masculino que fueron descubriendo en la infancia hasta la identidad transgénero masculina con la que se identificaron en la adultez. Dicha constancia nos habla de una continuidad del género. De acuerdo con ello, un estudio realizado por Vignoles, Regalia, Manzi, Golledge y Scabini (2006) encontró que hay cinco motivos que influyen en la construcción de la identidad. Según los autores las personas están orientadas a satisfacer estos motivos pues son inherentes a la construcción identitaria. Uno de esos motivos es la continuidad, que es “el impulso para mantener un sentido de continuación a través del tiempo y las circunstancias” (p.310). En esa línea, Wiggins (2001) indica que una condición de la identidad es mostrar alguna forma de continuidad. De esta manera, podríamos decir que la constancia que muestran las identidades de los participantes del presente estudio es una variable de confirmación del género. En ese sentido, la continuidad de la masculinidad refirma la validez de sus identidades masculinas.

La segunda categoría “Identidad trans masculina y la necesidad de reconocimiento” se refiere al deseo por ser reconocidos socialmente como sujetos masculinos e identificados con los nombres masculinos que eligieron. Los participantes experimentaron afectos placenteros como comodidad, seguridad y confianza al ser identificados con el nombre y género al que sienten pertenecer.

“Siempre me he preguntado por qué yo tengo tanto vello en las piernas, tal vez cuando he estado en alguna fiesta, me fastidiaban por ello, pero cuando me decían ‘¿eres hombre?’, me sentía bien, me sentía muy bien” (participante 6).

“mi hermano hace dos días me dijo ‘oye, ¿quieres que te llame Luciano?’ y yo le dije que sería chévere. Ahora me está llamando Luciano, o sea, es bien chévere que haga eso. Me dijo que iba a hablar con mi papá y con mi mamá sobre eso.” (Participante 5).

En ambas experiencias se aprecia el placer de ser reconocidos como sujetos masculinos e identificados con el nombre que habían elegido, así también, con las características de sus cuerpos asociadas a la masculinidad, como los vellos de sus piernas. Para Butler (1997) “las personas se constituyen como seres sociables viables en la experiencia de reconocimiento” (p. 14). En ese sentido, el reconocimiento social valida y reafirma sus identidades de género. Les otorga admisión social. De acuerdo con ello, Páramo (2008) afirma que las identidades y el autoconcepto se construye en la interacción con los otros. Es así que, para construir identidad, la mirada del otro será variable importante. El reconocimiento de la identidad es una necesidad psicológica para cualquier ser humano, pero dada las características de los participantes, es esencial para las personas transgénero. Ellos han sido constantemente negados y/o cuestionados en sus identidades de género, por ello, necesitarán el reconocimiento social para validar y re afirmar sus identidades masculinas.

Por otro lado, la necesidad de reconocimiento también atraviesa el cuerpo. Según Lamas (2002) el cuerpo es un elemento que funciona como bisagra entre el adentro y el afuera. Por medio de este nos expresamos y comunicamos con el mundo. Así también, Cruz (2006) menciona que los cuerpos tienen una determinada forma según el género y serán interpretados en clave masculina o femenina. A partir de ello, se entiende la asociación e identificación que realizaron los participantes. Ellos concluyeron que el cuerpo es importante para ser identificados como personas masculinas.

“...hay cosas que no puedo cambiar en mi cuerpo para... naturalmente, parecer más de varón. Yo puedo percibirme como varón, pero la gente no me ve como yo me siento, obviamente tengo que exteriorizar eso para recibir el trato que quiero. A veces paso y me dicen “joven” y todo eso y bacán, pero entre toda esa gente, hay gente que me dice “señorita” y me molesta. En ese momento me da tanta cólera que digo ‘ya, tengo que empezar ya [terapia hormonal] porque si no va a seguir pasando esto.’” (Participante, 4)

El cuerpo es la herramienta para transmitir sus identidades de género. Existe la necesidad de ser identificados y tratados como sujetos masculinos. Cuando sucede lo contrario experimentan malestar. Los participantes comprendieron que los otros los validan y reconocen como sujetos masculinos por los cuerpos que poseen. En ese sentido, la necesidad de masculinizar el cuerpo responderá, también, a la necesidad de ser reconocidos. De acuerdo con ello, Cruz (2006) refiere que las personas clasificaran los cuerpos a partir de la forma que tengan estos. Así, existirán cuerpos masculinos y cuerpos femeninos. Por su parte, Taylor (1996) dice que “el reconocimiento del otro será condición de la identidad lograda. El individuo tiene necesidad, para ser él mismo, de ser reconocido.” (p. 13). Con ello, podemos dar cuenta de la importancia de la mirada externa para la validación de las identidades. El cuerpo termina siendo la herramienta para lograr el reconocimiento identitario.

Finalmente, existe otra demanda persistente, la de encontrar un grupo de pertenencia. Así nace la tercera categoría “Identidad tras masculina y la necesidad de pertenencia”. Esta explica el deseo constante de encontrar ubicación, un grupo de referencia con el que se identifiquen y del que se sientan parte. Al conocer a otros chicos trans se reconocieron en las experiencias de vida de estos; se identificaron y ubicaron en un grupo. El encuentro con otras identidades transgénero los llevó a experimentar afectos placenteros evidenciados en la sensación de confort y, a la vez, les permitió re afirmar sus identidades transgénero-masculinas.

“Me identifico con mis amigos de sociedad, con todos, en general hemos pasado casi lo mismo, cuando nos conocimos, uno contaba sus experiencias de niños y otro ‘oye, a mí me pasó eso’, es como encontrar a alguien que es exactamente igual que tú, ¿no?, encajar por fin. Me identifico con todos.” (participante 4).

“Lo de mujer masculina era lo más masculino que me podía ver, nadie me podía ver como chico, entonces solo me quedaba ser una chica masculina... fue chévere reconocerme en los otros chicos trans, porque siempre fui diferente, en mi promo, en mi cole, en mi casa y como que pertenecer a algo era emocionante.” (participante 3)

“...En un principio no me hallaba en un grupo, y cuando me entere de hombres trans, si me sentía acogido y era como que me describía a mí, como yo me sentía.” (participante, 2)

“Conocer a otras personas que sentían lo mismo que yo, decía... ‘pucha entonces sí puedo hacerlo, identificarme como masculino, si se puede’...” (participante 5)

Como se aprecia, la necesidad de pertenencia se moviliza por el deseo de encontrar un lugar que los ubique. Es decir, un espacio que ayude a dar nombre a sus experiencias de género y, en última instancia, los clarifique y organice mentalmente en cuanto a sus identidades. Finalmente, esto repercute en la vivencia de sentimientos de bienestar y en la autovalidación para expresar sus identidades masculinas. En suma, encontrar un grupo de pertenencia será un factor protector de la identidad, pues ofrecerá el apoyo necesario en términos de información, autoidentificación y referencia, para seguir construyendo sus identidades transmasculinas. En ese sentido, Páramo (2008) indica que la pertenencia a un grupo o espacio será factor relevante para la construcción de una identidad social. La identidad de género es un tipo de identidad social. En ese sentido, la satisfacción de la necesidad de pertenencia permitirá el desarrollo de sus identidades masculinas.

“...Tener más información y saber que no era nada malo [la identidad masculina transgénero]. Conocer a los otros chicos trans, y eso me hizo sentir más feliz, porque ahí ya podía ser yo mismo, ya no me lo reprimía.” (participante 5).

El grupo facilitó información sobre identidades trans que los ayudó a hacer un giro perceptual y, con ello, valorar sus identidades positivamente. Adicionalmente, la pertenencia al grupo promovió la aproximación a otras identidades trans con las que comparten experiencias de vida. Dicha aproximación ayudó a la expresión de sus identidades y, consecuentemente, pudieron ser más auténticos. A partir de esto, se puede decir que la pertenencia a un grupo facilita la construcción saludable de las identidades de género. En esa línea y, como se mencionó anteriormente, la investigación de Vignoles et al. (2006) indica que existen cinco motivadores para la construcción de identidad. Uno de estos motivadores es la *pertenencia*, que se describe como “la necesidad de mantener o aumentar los sentimientos de cercanía y aceptación, ya sea en relaciones diádicas o grupales” (p. 308-309). Es decir, la pertenencia será elemento constitutivo para la identidad. De acuerdo con ello, la ubicación y pertenencia que experimentaron los participantes al encontrarse con otros chicos trans fue necesaria para seguir construyendo sus identidades masculinas. Pertenecer a un grupo les reflejaba no estar errados, no sentirse únicos y les permitió afirmar sus identidades de género.

Construcción de la identidad masculina en un grupo de hombres transgénero

Vinculado a lo anterior, Tajfel (1984) indica que “la identidad social es aquella parte del autoconcepto de un individuo que se deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo o grupos sociales, juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a esta pertenencia” (p. 292). En ese sentido, la pertenencia a un grupo es necesaria en tanto forma el autoconcepto que construye a las personas. Los participantes necesitaron sentirse pertenecientes a un grupo para satisfacer la construcción del autoconcepto y, así, seguir construyendo sus identidades masculinas.



Conclusiones

Debido a la escasa información sobre cómo es y cómo se construye la identidad de género de personas transgénero, la presente investigación buscó describir y comprender la construcción de las masculinidades de un grupo de hombres transgénero. Para ello se valió de una metodología de investigación que permitiera ahondar en las experiencias de vida vinculadas a la identidad y expresión de género a lo largo del ciclo vital. De esta exploración se obtuvieron las siguientes conclusiones.

Las masculinidades de este grupo de personas han mostrado ser persistentes a través del tiempo. Durante las tres primeras etapas del ciclo vital se evidencia una constancia en la identificación con la identidad masculina. En la niñez dicha identificación fue rudimentaria, no hubo una clara noción de sus identidades transgénero masculinas, sin embargo, la conciencia de ser masculinos se mostraba a través de sus sentimientos de “extrañeza” o ser “diferentes” con respecto a los demás. Emergieron dudas y cuestionamientos a partir del placer que sentían al performar lo masculino. Esto los llevó a descubrirse primariamente como sujetos con identidad masculina. En la adolescencia la identificación fue mayor, pero, a la vez, más cuestionada pues no encontraban coherencia entre sus preferencias identitarias y la norma. Posteriormente, a finales de la adolescencia e inicios de la adultez temprana, la identificación persistía y con el acceso a información sobre diversidad sexual lograron una identificación mayor que les permitió reafirmar sus identidades masculinas.

De otro lado, la identidad masculina de este grupo de personas se muestra frágil en momentos de vida de mayor vulnerabilidad como es la infancia y adolescencia. El desconocimiento sobre la existencia de identidades transgénero, tanto por ellos como por los familiares cercanos y la escuela, sumado al no reconocimiento de dichas identidades como válidas, y la escasa preparación profesional a la que algunos tuvieron acceso, dificultó la identificación y la asunción de sus identidades masculinas. Así, por momentos, se aprecia una identidad frágil, cuestionada, tambaleante, una identidad difícil de erigir.

En el trayecto de vida, se aprecia que la identidad masculina de los participantes no se rigió bajo los mandatos tradicionales del género. Ellos construyeron una masculinidad sobre el cuerpo de personas con vagina. Así, se puede aseverar que los cuerpos y sus genitales no determinaron su identidad de género. La masculinidad se construye en la diversidad de cuerpos, no es exclusivo de cuerpos con pene (Halberstam, 1998; Gallegos, 2014).

El cuerpo es una variable importante para validar las identidades de género de los participantes. Un cuerpo masculinizado les permite ser identificados como sujetos masculinos. Tal reconocimiento reafirma sus identidades masculinas, pues la mirada del otro es importante para la construcción identitaria (Taylor, 1996). El cuerpo masculinizado, a través de intervención quirúrgica, moldeado por la vestimenta o por el ejercicio físico, los acerca a sus identidades masculinas. Les devuelve la idea de pertenecer a dicho grupo de género. En ese sentido, ratifica sus identidades de género.

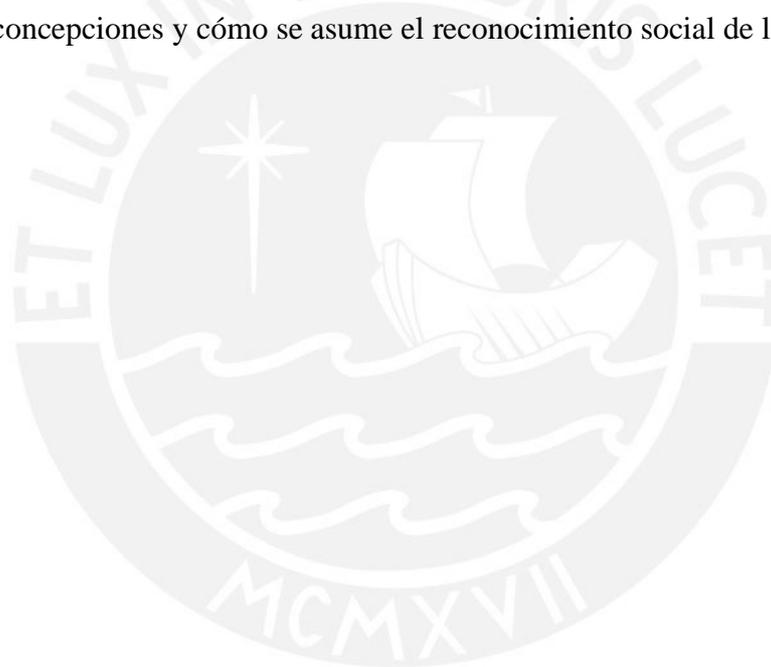
Las identidades masculinas de este grupo de chicos transgénero expresaron tres necesidades psicológicas para su construcción saludable. La primera fue la necesidad de coherencia. Necesitaron encontrar una lógica entre sus experiencias de género y la norma social que les permitiera entender sus preferencias masculinas. La segunda necesidad fue la de reconocimiento social. Los participantes necesitaron ser reconocidos como sujetos masculinos para validar y reafirmar sus identidades de género. Finalmente, la tercera necesidad es la de pertenencia. Ellos necesitaron formar parte de un grupo para lograr ubicación, sentirse hallados en un grupo de referencia con el que compartieran vivencias y se validaran. A partir de esto, pensar sus identidades masculinas como realizables. Estas necesidades han mostrado ser cruciales en la construcción saludable y fortalecimiento de las identidades trans de este grupo.

Este trabajo abre paso a un mayor conocimiento de las identidades transgénero masculinas. En ese sentido, su utilidad práctica yace en la mayor comprensión de dichas identidades con el fin de ofrecer una práctica profesional que realmente responda y sostenga sus necesidades psicológicas. Asimismo, una mayor comprensión de sus identidades disminuye la posibilidad de estigmatización y patologización. La presente investigación se relaciona con la agenda social del país en la medida que aporta a la demanda actual de la población transgénero. Ellos trabajan por una ley de identidad de género que reconozca y proteja sus identidades de género. De acuerdo con ello, la presente investigación aporta información académica que permite conocer y entender las identidades trans masculinas y detalla la importancia de la validación y reconocimiento de las mismas para su construcción saludable.

En cuanto a las limitaciones del estudio, una primera fue la no inclusión de población trans femenina. Esto no permite un entendimiento más amplio de la identidad de género de personas transgénero. En ese sentido, los resultados no son generalizables a toda la población transgénero. Los participantes son una pequeña muestra de la diversidad de experiencias trans masculinas.

Otra limitación nace al momento de las entrevistas, pues no todas se pudieron realizar en espacios neutros y de poca contaminación sonora. Dada la disponibilidad de tiempo y espacio de los participantes, algunas entrevistas fueron realizadas en espacios públicos, buscando que la ubicación sea cercana a sus trabajos o centros de estudios. Sin embargo, dentro de lo posible, se procuró que la ubicación final sea un lugar relativamente íntimo y con poca interrupción sonora.

Finalmente, dentro de las sugerencias para continuar con la línea de investigación, se recomienda explorar los trayectos de vida de hombres transgénero y trans masculinos en momentos de vida mayor, como la adultez media y tardía. Esto permitirá conocer con mayor profundidad las dinámicas y complejidades de la identidad de género, saber cuáles son las necesidades psicológicas que surgen a esas edades con respecto al género, cómo se transforma el cuerpo y sus concepciones y cómo se asume el reconocimiento social de la identidad.





Referencias

- Austin, A., & Craig, S. L. (2015). Transgender affirmative cognitive behavioral therapy: Clinical considerations and applications. *Professional Psychology: Research and Practice*, 46(1), 21-29. <http://dx.doi.org/10.1037/a0038642>
- American Psychological Association (2011). *Answers to your questions about transgender people, gender, identity, and gender expression*. Washington DC: American Psychiatric Association. Disponible en: <http://www.apa.org/topics/sexuality/transgender.pdf>
- Bardi, A., Leyton, C., Martínez, V., González, E. (2005). Identidad Sexual: Proceso de definición en la Adolescencia. *Revista Docencia*, 26, 43-51. Disponible en: http://revistadocencia.cl/~revist37/web/images/ediciones/docencia_26.pdf
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, Objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Bem, S. (1974). The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, 155-162.
- Balza, I. (2009). Ciudadanía y nuevas identidades de género: sobre biopolítica y teoría queer. En: *Presente, pasado y futuro de la democracia*. Congreso Internacional "XVI Semana de Ética y Filosofía Política". Universidad de Murcia: 231-238.
- Bento, A. (2009). A diferenca que faz a diferenca: corpo e subjetividade na transexualidade. *Bagoas*, 4, 95-112.
- Brill, S. y Pepper, R. (2008). *The Transgender Child: A Handbook for Families and Professionals*. San Francisco: Cleis Press Inc.
- Bourdieu, P. (1999). *La esencia del neoliberalismo*. Santiago de Chile: Aún Creemos en los Sueños.
- Butler, J. (1997). *Mecanismos psíquicos del poder: Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra, 2001.
- Butler, J. (2005). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2007). *El Género en disputa: El feminismo y la subversión de la Identidad* Barcelona: Paidós.
- Bracco, L. (2011). *Femineidad en mujeres que cumplen condena por el delito de terrorismo*. (Tesis de Licenciatura). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima-Perú.
- Bonino, L. (2003). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. En *Dossiers Feministes. Masculinitats: mites, de/construccions i mascarades*.
- Cabral, B y García, C. (2000). Masculino/femenino ¿y Yo? Identidad o Identidades de Género. *AVEPSO*. 10:49

Construcción de la identidad masculina en un grupo de hombres transgénero

Campbell, K. (1993). *Men, women and aggression*. New York: Basic Books.

Chodorow, N. (2003). *El poder de los sentimientos: la significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura*. Buenos Aires: Paidós.

Connell, R. (1997). La organización social de la masculinidad. En: Teresa Valdés y José Olavarría (eds.). *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres. 24:31-48.

Curioso, I. (2014). “*Visualizando lo invisible: experiencias subjetivas de personas adultas con discapacidad visual*” (Tesis de Maestría). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú.

Cruz, S. (2006). Cuerpo, masculinidades y jóvenes. *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=211015574006> .

Davies, B. (1994). *Sapos y culebras y cuentos feministas. Los niños de preescolar y el género*. Madrid: Cátedra.

Dedios, M. (2011). Experiencia emocional de un grupo de psicólogos en el trabajo con personas psicóticas. (Tesis de Licenciatura). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima-Perú.

Delval, J. (2000). *El desarrollo humano*. México: Siglo XXI Editores.

De la Hermosa, M., Rodríguez, B., Polo, C. (2013). Género binario y experiencia de las personas transexuales y transgénero. *Norte de Salud Mental*. 11(45), pp. 13-22.

De Toro, X. (2015). Niños y niñas transgéneros: ¿Nacidos en el cuerpo equivocado o en una sociedad equivocada? *Revista Punto Género*, 5, 109-128.

DEMUS (2008). Crímenes de odio por orientación sexual e identidad de género. *El derecho como campo de lucha: orientación sexual e identidad de género*. Lima: Línea Andina.

Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (2013). American Psychiatric Association. Washington, D.C.: American Psychiatric Publishing.

Díaz, A. (2011). Diversión como destino. Desde la niñez juegos y juguetes imponen estereotipos sexistas. *La jornada*, 31, 2-3.

Díaz, J. (2006). Identidad, Adolescencia y Cultura: jóvenes secundarios en un contexto regional. *Revista mexicana de investigación educativa*, 29 (11), 431-457. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14002906>

Construcción de la identidad masculina en un grupo de hombres transgénero

- Díaz-Loving, R., Rocha, S., & Rivera, A. (2007). *La instrumentalidad y la expresividad desde una perspectiva psicosocio-cultural*. México, DF: Porrúa.
- Díaz-Loving, R., Velasco-Matus, P., & Rivera-Aragón, S. (2012). Masculinidad-feminidad y salud mental. *Persona*, 0(015), 137-156. doi:<http://dx.doi.org/10.26439/persona2012.n015.130>
- Ettner, R. (1999). *Gender Loving Care. A guide to Counseling Gender- Variant Clients*. Nueva York: W.W. Norton and Co.
- Feinberg, L. (1996). *Trans Gender Warriors*. Beacon Press, Boston.
- Fernández, A. (2012). Autopercepción y relaciones Interpersonales en un grupo de mujeres víctimas de violación sexual a través del Psicodiagnóstico de Rorschach. *Revista de la Asociación Latinoamericana de Rorschach*. 10:114-175.
- Fernández, J. (1996). *Varones y mujeres, desarrollo de la doble realidad del sexo y el género*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Figari, C. (2009). Las emociones de lo abyecto: repugnancia e indignación. En cuerpo(s) subjetividad(es) y conflicto(s). Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Fonseca, C. y Quintero, M. (2009). Teoría Queer: la de-construcción de las sexualidades periféricas. *Sociológica*. 24(69), pp. 43-60.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fuller, N. (1997). La identidad de Género. En: *Identidades Masculinas: varones de clase media en el Perú*. Lima: PUCP. Fondo Editorial.
- Fuller, N. (2001). *Masculinidades, cambios y permanencias*. Lima: PUCP. Fondo Editorial.
- Gallegos, A. (2014). "Construcción de la identidad de género en un grupo de mujeres masculinas recluidas en un E.P de Lima" (Tesis de Licenciatura). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima-Perú.
- García-Leiva, P. (2005). *Identidad de género: Modelos explicativos*. Departamento de psicología de la universidad de Huelva, España.
- Garizabal, C. (2010). Transexualidades, identidades y feminismos. En: Missé M, Coll- Planas, G. (editores). *El Género Desordenado. Críticas en torno a la patologización de la transexualidad*. Barcelona: Egales.
- Hernández, R., Fernández, C., Baptista, M. (2010). *Metodología de la investigación* (5ta edición). México: McGraw-Hill.
- Halberstam, J. (1998). *Female Masculinity*, Duke University Press, Durham.

Construcción de la identidad masculina en un grupo de hombres transgénero

- Hopper, L. (2007). *Counselling and psychotherapy with children and adolescents*. Houndmills, UK: Palgrave Macmillan.
- Jara, C. (2015). *Experiencia emocional en hermanos adolescentes de niños con trastorno del espectro autista*. (Tesis de licenciatura). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Kaliksztajn, B. (2000). *La experiencia subjetiva de la enfermedad en pacientes con esquizofrenia*. (Tesis de licenciatura). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Kennedy, N. y Hellen, M. (2010). 'Transgender children: more than a theoretical challenge', *Graduate Journal of Social Science* 7 (2), 25-43.
- Kimmel, M. (1997). "La masculinidad como Homofobia: miedo, vergüenza y dolor". En Teresa Valdés y José Olavarría (eds.). *Masculinidad/es*. Santiago de Chile: Isis/Flacso.
- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Cuicuilco*. 7(18) Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35101807>.
- Lamas, M. (2014). Dimensiones de la diferencia. En: *Cuerpo, Sexo y Política*. Cuernavaca: Océano.
- Lobato, E. (2005). *Juego sociodramático y esquemas de género. Una investigación en educación infantil*. Trabajo de Investigación. Universidad de Oviedo.
- Macías, R. Las practicas corporales para la construcción del actor, la identidad genérica y las masculinidades. Disponible en: <http://www.elcotidianoenlinea.com.mx/pdf/18410.pdf>.
- Mallon, G. y DeCrescenzo, T. (2006). 'Transgender Children and Youth: A Child Welfare Practice Perspective', *Child Welfare* 85 (2), 215-241.
- Meza, N. (2018). *Cuerpo y Subjetividad en las narrativas de mujeres burrier recluidas en el Establecimiento Penitenciario Chorrillos I*. Tesis de Maestría. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Montesinos, R. (2007). "Cambio cultural, prácticas sociales y nuevas expresiones de la masculinidad. En Montesinos, R. (coord.), *Perfiles de la masculinidad (17-45)*. México: UAM-I
- Montesinos, R. (2008). "¿Dilema de la masculinidad? O ¿Dilema de la identidad?. *Topodrilo* 4-5.
- Montesinos, R. (2014). *Masculinidades, sí. Femenidades ¿no?*. México: UNAM.
- Martínez, A; Valero, J.; Gonzales, C; Pérez, N. (2011). Cap. 6. Desarrollo Socioemocional, de la Identidad y la Moral. En: N. Pérez y I. Navarro, *Psicología del desarrollo humano*, Alicante: Editorial Club Universitario.
- Nadal, K. (2013). *That's So Gay! Microaggressions and the Lesbian, Gay, Bisexual, and Transgender*. American Psychological Association.

Construcción de la identidad masculina en un grupo de hombres transgénero

- Nahir, M. (2013). La teoría Queer y las narrativas progresistas de la identidad. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88428978005>
- Nóveda, J. (2012). Muchas formas de transexualidad: diferencias de ser mujer transexual y mujer transgénero. *Revista de psicología de la Universidad de Chile*. 21(2), 7-30. DOI: 10.5354/0719-0581.2012.25835
- Olson, K., Key, A., Eaton, N. (2015). Gender Cognition in Transgender Children. 26(4), 467-474. DOI: 10.1177/0956797614568156
- Ortega, R. (1992). *El juego infantil y la construcción social del conocimiento*. Sevilla: Alfar.
- Páramo, P. (2008). La construcción psicosocial de la identidad y del self. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 40(3), 539-550.
- Pateman, C. (2005). *El contrato sexual*. México D.F: Editorial Anthopos.
- Preciado, B. (2013). Pienso, luego existo - Beatriz Preciado. <http://www.rtve.es/alacarta/videos/pienso-luego-existo/pienso-luego-existo-beatriz-preciado/1986547/>.
- Promsex (2016). Informe anual sobre derechos humanos de personas trans, lesbianas, gays y bisexuales en el Perú 2015-2016. Lima: Lettera gráfica.
- Puerta, S., González, E. (2015). Reproducción de los estereotipos de género en Educación Infantil a través de los juegos y juguetes. *Investigación en la Escuela*, 63-74.
- Pujal, M. (2004). Capitulo II: La Identidad (el self). En T. Ibáñez (coord.). *Introducción a la psicología social*. Barcelona: Editorial UOC.
- Ramirez, S. (2017). Sin gritos ni castigos. Educando para la autodisciplina. Create space independet.
- Rocha, T. (2009). Desarrollo de la Identidad de Género desde una perspectiva Psico-Socio-Cultural: Un recorrido conceptual. *Revista Interamericana de Psicología*, 43 (2), pp. 250-259.
- Ruiz Bravo, P. (2001). *Subversiones masculinas: imágenes de los varones en la narrativa joven*. Lima: Flora Tristán.
- Sandoval, C. (2002). Investigación Cualitativa. En: Especialización en teoría, métodos y técnicas de investigación social. Bogotá: Arfo Editores.
- Sáez, J. (2004). *Teoría Queer y Psicoanálisis*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Soley-Beltran, P. (2009). *Transexualidad y la matriz heterosexual: un estudio crítico de Judith Butler*. Barcelona: Bellaterra.

Construcción de la identidad masculina en un grupo de hombres transgénero

Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona, España: Herder.

Taylor, Ch. (1996). Identidad y reconocimiento. *Revista internacional de filosofía y política*, N°7,10-19. ISSN 1132-9432.

Testa, R., Sciacca, L., Wang, F., Hendricks, M., Goldblum, P., Bradford, J., Bongar, B. (2012). Effects of violence on transgender people. *American Psychological Association*. 43(5), pp. 452-459.

Torres-Oquendo, F., Toro-Alfonso, J. (2012). Las representaciones corporales: Una propuesta de estudio desde una perspectiva compleja. *Eureka*, 9 (1), pp.88-97.

Vartabedian, J. (2007). "El cuerpo como espejo de las construcciones de género. Una aproximación a la transexualidad femenina." *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia* [en línea], 2007, Núm. 10 <https://www.raco.cat/index.php/QuadernseICA/article/view/109038/136554>.

Villa, J. (2013). "*Diseñando el cuerpo: estética corporal masculina en jóvenes de sectores altos de Lima*" (Tesis de Licenciatura). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima-Perú.

Vignoles, V., Regalia, C., Mazi, C., Gollidge, J., Scabini, E. (2006). Beyond Self-Esteem: Influence of Multiple Motives on Identity Construction. *Journal of Personality and Social Psychology*, 90(2), 308–333. DOI: 10.1037/0022-3514.90.2.308

von Doellinger, O. (2011) *Cuerpo e identidad. Estereotipos de género, estima corporal y sintomatología psiquiátrica en una población universitaria*. Barcelona: Universidad Ramón Llull.

Warner, M. (1991). Fear of a queer planet. *Social Text*, 29, 3 – 17.

Wiggins, D. (2001). *Sameness and substance renewed*. Cambridge, United Kingdom: Cambridge University Press.

Wood, J. (1997). *Gendered lives: Communication, gender and culture*. Belmont, CA: Wadsworth.

Wong, J., Shea, M., LaFollete, J., Hickman, S., Cruz, N., Boghokian, T. (2011). The Inventory of Subjective Masculinity Experience: Development and Psychometric Properties. *The Journal of Men's Studies*. 19 (3), pp. 236-255.

Apéndice A

Consentimiento Informado

Deseamos solicitar su participación en la investigación “Construcción de la identidad masculina en un grupo de hombres transgénero de Lima” que realiza la Srta. Priscilla Cárdenas Cruz para optar el título de licenciada en la Facultad de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

El objetivo del estudio es describir y comprender la experiencia de la masculinidad de un grupo de hombres transgénero. Es decir, queremos conocer cómo usted vivencia su masculinidad. Lo importante es conocer su opinión, por ello es relevante que sepa que no hay respuestas buenas o malas. Para tal fin, estamos entrevistando a hombres que pertenezcan a la sociedad transgénero FTM Perú.

Si usted desea participar, realizaremos una entrevista individual de aproximadamente una hora a hora y media, sobre el tema previamente señalado. Con su consentimiento la entrevista será grabada en audio, para facilitar la correcta recepción de sus opiniones. Sus respuestas, así como su identidad, serán anónimas y confidenciales.

Cabe resaltar, que durante el proceso de entrevista usted puede hacer las preguntas que considere necesarias. Además, es importante que recuerde que su participación es voluntaria, por lo que puede no responder las preguntas que desee o abandonar la actividad si así lo quisiera. Asimismo, se le hará llegar una copia de la investigación y una devolución de la misma de manera oral al grupo que participa de la investigación.

Si tiene cualquier pregunta, usted puede contactarse con la responsable principal del estudio al correo priscilla.cardenasc@pucp.pe

Yo, _____, de _____ años de edad, después de haber leído las condiciones del estudio “Construcción de la identidad masculina en un grupo de hombres transgénero de Lima”, acepto participar de manera voluntaria en la investigación.

Apéndice B

Ficha de datos sociodemográficos

Datos de Filiación

Edad:

Identidad de género:

Orientación sexual:

Lugar de nacimiento:

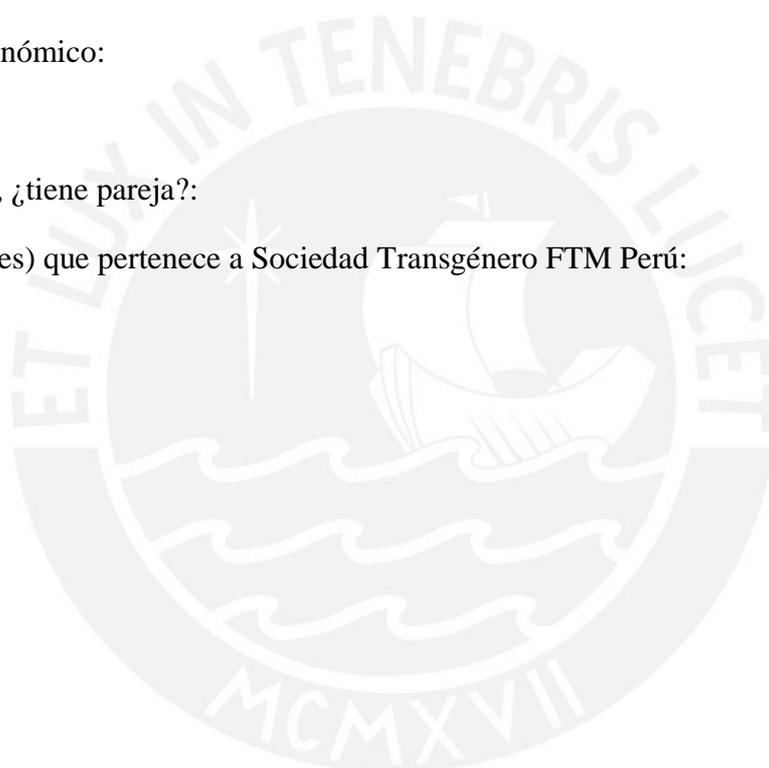
Nivel educativo:

Estrato socioeconómico:

Ocupación:

En la actualidad, ¿tiene pareja?:

Tiempo (en meses) que pertenece a Sociedad Transgénero FTM Perú:



Apéndice C

Guía de entrevista

I. Concepciones de la masculinidad

1. ¿Cómo te describirías?
2. ¿Cuáles son las características que más te definen y con las que más te identificas?
3. ¿Qué te hace sentir hombre?
4. Como hombre trans, ¿Sientes que compartes rasgos o características con hombres no trans?, ¿sientes que hay diferencias?
5. ¿Qué piensas de la idea de que los hombres deben trabajar duro?
6. ¿Qué piensas de la idea de que los hombres no pueden mostrar su vulnerabilidad?
7. ¿Qué piensas de la idea de que los hombres deben tomar el control de las situaciones?

II. Identidad masculina transgénero en el proceso de desarrollo.

8. En relación a tu identidad masculina, ¿Cómo fue crecer en tu casa? y ¿Cómo es actualmente la dinámica familiar?
9. ¿Con qué características de tus principales figuras de cuidado o admiración te identificas? ¿Por qué?
10. ¿Cómo fue la relación entre tus cuidadores y tú? ¿Cómo este vínculo influyó en tu forma de ser?
11. En ese entonces, ¿Cuáles eran las ideas o pensamientos de tus cuidadores con respecto a lo que significa ser hombre?
12. Si es que tienes hermanxs, ¿Cómo fue la relación entre tus hermanas/hermanos y tú? ¿Cómo esto influyó en tu forma de ser?
13. ¿Recuerdas a alguna figura fuera del área familiar que haya influenciado en tu forma de ser?
14. ¿Cómo fue desenvolverte en la escuela? ¿Cómo fue la relación entre tus amigos del cole y tú? ¿Cómo esta dinámica influyó en tu forma de ser?
15. Los cambios físicos que surgieron en la adolescencia ¿cómo los viviste?
16. En ese momento ¿Qué partes de tu cuerpo te gustaban y cuáles te disgustaban? ¿Por qué?
17. ¿Te has realizado algún tratamiento hormonal o quirúrgico? (si la respuesta es sí) ¿qué te llevó a realizarlo? (si la respuesta es no) ¿te gustaría realizarlo? ¿Por qué?
18. En la actualidad, ¿Qué partes de tu cuerpo te gustan más? ¿Por qué?
19. Actualmente, ¿Cómo es para ti desenvolverte en los espacios sociales en que te desempeñas? (laboral, académico, entre otros)
20. ¿Cómo es para ti desenvolverte en los espacios públicos? (sin interacción de gente relativamente conocida).
21. ¿Crees que la percepción de ti mismo, en relación a ser hombre, ha cambiado en el tiempo? ¿Por qué?

22. ¿Crees que tu percepción de cómo son o cómo deben ser los hombres ha cambiado en el tiempo? ¿Por qué?
23. ¿Qué piensas de la paternidad? ¿Te gustaría ser padre? ¿Por qué?

III. Influencia social en el desarrollo de la identidad masculina trans.

24. Para los demás, ¿Cómo es un hombre trans?
25. ¿Cómo crees que te perciben los demás?
26. ¿Qué tipo de emociones/sentimientos crees que les generas?
27. ¿Ha habido ocasiones en donde te has sentido violentado? (pueden ser espacios laborales, académicos u otros) ¿Cómo fueron estas situaciones? ¿Cómo lo manejaste/actuaste? ¿Cómo han repercutido en ti?
28. ¿Has asistido a algún profesional de la salud mental u otro por ello o por otro motivo? ¿Cómo fue esta interacción?

